

Martine Tallier

LA SUERTE DEL CARACOL



EDITORIAL
Victoria Ocampo



Primer Premio

**Concurso de Cuentos Victoria Ocampo 2015
“Nelly Arrieta de Blaquier”**

Martine Tallier

LA SUERTE DEL CARACOL

Primer Premio Concurso de Cuentos
“Nelly Arrieta de Blaquier”
Fundación Victoria Ocampo 2015



Ilustración de tapa: *Die Begegnung* (1916) de Johannes Itten.
Óleo sobre lienzo, 105 x 80 cm. Kunsthaus Zürich.

Primera edición 2016

© Fundación Victoria Ocampo

www.victoriaocampo.com

Fundacion@victoriaocampo.com

Queda hecho el depósito que prescribe la ley N° 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Martine, Tallier

La suerte del caracol / Tallier Martine. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Victoria Ocampo, 2016.

108 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-1198-77-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863



Martine Tallier Nació en el sur de Francia en 1947, al llegar a Argentina adoptó rápidamente la lengua española como modo de expresión. Ya adulta, se formó en análisis literario y escritura creativa en distintos talleres de Buenos Aires. Se dedicó a la enseñanza del francés, a la redacción publicitaria, y a traducciones, sin nunca dejar de lado su pasión por la escritura.

Ha sido galardonada en certámenes de La Casa de Salta, del Club de Leones, de Honorarte Bicentenario, del Ministerio de la Poesía de Flores, del III Encuentro Literario de Adrogué y de la SADE, entre otros. En el año 2000 obtuvo el primer premio de la Biblioteca Olivos; en 2001 el segundo premio de Narrativa de la UBA y beca para periodismo. Su libro *Al sur del paraíso* fue primer premio del Grupo Editorial C.I.E.N. El cuento “La obsesión de Mauricio”, premiado en el Concurso Internacional de Cuentos de Temática Judía, y publicado en la antología *Rostros de una identidad*. 2004. En 2010, con “El rey de los clavos” ganó el certamen Manuel Mujica Láinez. En 2012, fue finalista del II Concurso Internacional de Microrrelatos del Museo de la Palabra, en Toledo, España. Integró las antologías 2009, 2011 y 2013 de la fundación Victoria Ocampo; en 2016 la misma entidad le otorgó el primer premio por su libro *La suerte del caracol*; en enero de 2017 su novela *Urlain* resultó finalista del XXVIII Premio Torrente Ballester, en España. En 2017, publicó el libro de cuentos *A veces perderse*, editorial Victoria Ocampo.

Especializada en narrativa, asiste regularmente a las Jornadas Internacionales sobre Lengua Española y a los encuentros de actualización del español para correctores y traductores que la Fundación Literae organiza en la UB. Coordina talleres de lectura y creación literaria.

PRÓLOGO

El autor de un libro de cuentos suele tomar, en cada uno de ellos un asunto diferente, un tema que lo distinga de los otros, como si manipulara esferas herméticas de diversos colores y contenidos disímiles. Pero siempre se advierte en el conjunto una especie de hilo conductor que de una manera u otra los une; cada escritor tiene un estilo, una forma de narrar diferente y siempre parecida a sí misma.

En el caso de *La suerte del caracol* de Martine Tallier los nueve cuentos que lo integran dejan entrever, como el recuerdo de un perfume, el peso de la desdicha, que de una forma u otra, se hace presente; corolario final e inesperado en la mayoría de los relatos que componen el libro. Sus protagonistas, hombres y mujeres comunes con sus cargas cotidianas, parecen querer evadirse de sus destinos que los alcanzan inesperadamente: la adolescente inquieta y desconforme que abrazada a una piedra vuela hacia la nada; la jovencita tímida y confundida descubriendo la trampa en que ha caído y su decisión última que queda como una incógnita para el lector; el ridículo malentendido de la mujer que busca casi desesperadamente tener un hijo; el honor de la familia que destruye a su protagonista; la mujer que arrastrada por el placer de los sentidos tarda en descubrir el vergonzoso engaño en que ha caído o el desconcertante descubrimiento que oculta un hermoso rostro asomado a una ventana.

Sin embargo, Martine Tallier nos deja un lugar para la esperanza cuando relata la inesperada amistad entre una mujer madura y amarga y un chiquilín de diez años que le regala el recuerdo de una infancia feliz. Y más aún cuando redescubre el porvenir infinito de un barco azotado por el temporal .

Martine Tallier sabe narrar, maneja con destreza el suspenso y como excelente observadora de las conductas humanas nos entrega en *La suerte del caracol* una serie de cuentos inolvidables.

María Esther Vázquez

*“Por eso me dejé vendar los ojos,
sencilla y obediente.
¡Es tan dulce la vida sin saber!”*

María Elena Walsh

(Complicidad de la víctima)

*A vos, Juan Carlos,
a los que están y a los que partieron.*

EL COLCHÓN DE AGUA

A Wilmer lo conocí en otoño, para ser más precisos un día de lluvia, y lo que creí una calentura del momento, con el tiempo se convirtió en algo difícil de explicar.

Los lunes iba a tomar clases de yoga a lo de una amiga budista y vegetariana, digo este detalle porque yo no era budista ni vegetariana –nunca me gustaron las dietas– pero la espalda me estaba matando y había decidido reemplazar el método Pilates por una rutina que exigiera de mi cuerpo un poco menos de tensión. Y ahí estaba Wilmer, alto, canoso, pasadita la cincuentena, con sus ojos verdes, su sonrisa entre tímida y lanzada, esforzándose por parecer canchero a pesar de que algunos rollitos le dificultaban las contorsiones más simples. Yo, por mi lado, rogaba que *Anadria* –nombre con el que Adriana se hacía llamar solo porque sonaba más zen– me dejara relajar tranquila en mi rincón del tatami, que a eso había ido en definitiva, a relajarme y no a hacerme un nudo para complacer sus ínfulas didácticas. Pero, claro, ella no permitía que ninguno se quedara atrás y, susurrando a los gritos durante hora, hora y cuarto, nos marcaba las posiciones: “A ver, sin soltar la mano derecha del tobillo izquierdo, se toman el hombro derecho con la mano izquierda, por detrás del cuello, así..., más atrás, respirando en cinco tiempos..., inhala, exhala, inhala, exhala, inhala, eso es, más lento, retengo el aire, levanto el mentón, que apunte bien al cielorraso y digo ommmmm, que la vibración salga del pecho, bien nasal el ommmmm, por favor...”

Enseguida hubo una especie de complicidad entre Wilmer y yo. Las coordenadas contradictorias de *Anadria* nos causaban gracia y, cada vez que nuestros ojos se cruzaban en medio de un ejercicio, llorábamos de la risa.

Inútil aclarar que dejamos las clases antes de terminar el primer trimestre y, para la última semana de agosto, ya nos estábamos encontrando en un hotelito, a pocas cuadras de allí, a practicar una disciplina tan milenaria como el yoga pero mucho más acorde a nuestro estado de ánimo.

Para disfrutar sobre el maravilloso colchón de la habitación 113 –inmenso colchón de agua que si uno cerraba los ojos se imaginaba flotando sobre la mansedumbre de un lago –elegimos los lunes al mediodía, mismo día y horario que yoga, así manteníamos la posibilidad de ausentarnos dos horas de nuestras respectivas obligaciones, sin que nadie se enterara.

Yo, soltera, madre de una nena de tres años, agobiada de tener que vivir en casa de mis padres –padres que insistían con que la familia unida era lo mejor para la educación de mi hija–, y con ganas de independizarme, trabajaba en una inmobiliaria de la Horqueta, donde tenía que soportar a Sanguinetti, el dueño de dicha inmobiliaria, un gordito baboso que, a pesar de mis continuos rechazos, buscaba seducirme por cualquier medio.

De Wilmer, aparte de que era el sosías de Georges Clooney y me doblaba en edad, sólo supe que había llegado de Venezuela, en enero, por negocios. En realidad no me interesaba saber mucho más. Me tenían harta los hombres casados siempre a punto de separarse y los solteros que echaban mano del “no sos vos, soy yo” apenas se enteraban de que tenía una hija,

así que nunca me pregunté qué hacía Wilmer después de despedirse fogosamente de mí en el estacionamiento subterráneo del hotel. Había jurado no volver a engancharme con nadie y, alegre y despreocupada, encaré la relación, si es que aquello podía llamarse relación, como un asunto pasajero. Lo único que me importaba después de que Wilmer se alejara montado en su Kawasaki, era la promesa del fabuloso colchón de agua, el lunes siguiente.

El resto de la semana no nos llamábamos por teléfono ni nos comunicábamos por mail. Era justamente lo que más me gustaba de él: no hacía preguntas incómodas, tampoco hablaba de sí mismo, evitándome el calvario de oír mentiras.

De todos modos, él era diferente. No había cosa más linda que su porfiada manera de hacer el amor, ni tan fuerte como su imaginación prodigiosa. Rodeaba la cama con velas perfumadas, ponía música suave y, después de vendarme los ojos, me conducía lentamente al clímax con historias cuya protagonista –siempre yo– vivía aventuras con seres oscuros y perversos. Y tenía una voz... En resumidas cuentas, sabía hacerme soñar.

Lo que me tendría que haber alertado era que, al terminar la hora en esa cama ideal, yo entraba en una especie de laxitud que me hacía arrebujar en una esquina del colchón y buscar con la punta del pie un sitio fresco entre las sábanas. Un sitio que me alejara por un rato del cuerpo de Wilmer. No era asco, sino una sensación abstracta, una angustia inexplicable. Por más que yo fingiera dormir, su respiración cerca de mi cuello era como una hebra de seda a punto de apretar. Podía percibirla, al igual que sus ojos a través de los párpados cerrados. “Venga, mi niña”, susurraba, y me atraía de nuevo hacia él mientras los ruidos del exterior me llegaban filtrados a través

del falso crepúsculo de las persianas. “Usted me gusta mucho, mi reina”, repetía con su acento caribeño, y el temblor de sus labios sobre mi espalda, me provocaba escalofríos.

A veces salía de aquella habitación dispuesta a no volver a escuchar sus disparates pero, al llegar a la inmobiliaria y encontrarme con la cara abotagada de Sanguinetti que, además de casado y con hijos de mi edad, seguía insistiendo con cosas del tipo “Ya vas a caer, chiquita, ya vas a caer...”, olvidaba mis íntimas promesas de espaciar las citas y, el lunes siguiente, ebria de placer, me disponía a seguir jugando. Porque en definitiva lo nuestro no era más que un juego, con matices morbosos, pero juego al fin.

La cosa fue que, a medida que me adentraba en la relación, empecé a notar pequeñas alteraciones. En su mirada sobre todo. Casi nada si uno lo comparaba con el placer experimentado. Pero por momentos era como si sus ojos descubrieran que algo no coincidía con la imagen inicial que se había hecho de mí. Como si de pronto él hubiese cambiado de punto de vista. A lo mejor la cambiada era yo. No sé. Me resultaba difícil de comprender.

Más adelante, lo que de veras me abrumó fue su repentina insistencia para que retomara yoga y empezara una dieta. Con mi metro setenta y mis cincuenta y cuatro kilos, yo era más bien tirando a flaca pero, según su criterio, ciertas redondeces en las caderas impedían realizar posiciones de un antiguo libro de sexo tántrico que había encontrado en una librería de usados, en la calle Corrientes.

Empezó a traerme raíz de ginseng, semillas de amaranto, aceite de chía, hojas de ombú y no sé cuánto yuyo más que, mezclados con leche de soja —un brebaje inmundo—, debía tomar en infusión cuatro veces al día.

Así y todo, cada lunes, a las dos de la tarde, después de una hora de contorsiones con *Anadria*, agotada pero feliz, me dirigía al hotel, donde él me esperaba desnudo en la habitación en penumbras, y con el libro abierto sobre los genitales.

A decir verdad, si bien algunas posturas invertidas del famoso libro me estaban saliendo regias, era tanto el cansancio acumulado que, algunas tardes, al regresar a la inmobiliaria, corría a encerrarme en el baño para dormir un ratito, sentada sobre la tapa del inodoro. En menos de tres meses bajé ocho kilos. Hambrienta y ojerosa, no me reconocía en el espejo, pero me sentía la chica más afortunada del planeta.

Entonces él, cada vez más pila, me pidió que nos viéramos también los jueves. Por la mañana *tempranico*, niña, dijo un lunes saliendo de la ducha, así no cortamos tanto la jornada laboral. Fue cuando me pregunté en qué trabajaría Wilmer, que no podía tomarse dos mediodías por semana. Para mí los jueves era complicado, no solo porque me tocaba visitar clientes y hacer tasaciones, sino que tenía a cargo organizar las guardias de los fines de semana. Igualmente acepté su propuesta sin poner objeciones, me dije que de alguna forma me las iba a arreglar. A esa altura ya estaba loca por él y no me importaba morir de hambre o de cansancio con tal de verlo.

A las siete de la mañana del primer jueves la habitación 113, con las ventanas abiertas para ventilar, no se veía tan acogedora. Las paredes mostraban un tinte desvaído, las cortinas, a las que les faltaban la mitad de los soportes, colgaban sin gracia del barral y un indiscreto rayo del sol resaltaba las manchas en la alfombra. Lo único inmutable era el voluminoso colchón. Me apuré a cerrar las persianas y me tendí a flotar sobre él

como si fuese refugio y salvación. Luego, tratando de hacer a un lado la imagen decadente, dejé que Wilmer me vendara los ojos y cuando empezó a relatarme una de sus historias al oído, entré en una dimensión donde todo era posible y, sin tiempo, sin espacio, sin límites, en un olvido semejante al nirvana.

Varios jueves más tarde, atento a que mi apariencia física se siguiera ajustando a nuestras fantasías, sugirió que para recrear con más exactitud las imágenes hindúes, me hiciera una depilación completa, lo que incluía brazos, pubis y zonas aledañas. No diría que la idea me espantó, pero me provocó cierta curiosidad. No le contesté enseguida, solo dije que lo pensaría.

Si bien no volvió a hablar del asunto, dos semanas más tarde, cuando noté que se salteaba ciertas prácticas en nuestro ritual, hablé con una amiga cuya especialidad era dejar tersas como bebés a las bailarinas de Tinelli.

Atendía en un garaje, cerca de la estación, y fui a verla un sábado por la mañana. En “esa zona”, dijo señalando mi entrepierna, te voy a poner algo nuevo, una cera especial que me llega directo de Brasil.

Apenas me embadurnó con el producto, más espeso y caliente que la cera de costumbre, y pegó el primer tirón, creí que iba a desmayarme.

Una hora después, salí a la calle con la sensación de tener la piel en carne viva. Anduve toda la tarde con chuchos de frío y a la noche, mi madre, alarmada porque tenía fiebre, llamó a un médico de la obra social que, al ver mi flacura, me aplicó la primera de una serie de veinte inyecciones, para subir las defensas.

A pesar de que me juré no volver a la habitación 113 hasta que mi piel estuviera en condiciones, el lunes siguiente, ya

menos dolorida, dejé que Wilmer me masajeara con esencia de melisa y aceite de karité, hasta hacerme redescubrir que mi cuerpo era un fabuloso instrumento de placer. Entonces, a los lunes y jueves, se sumaron los miércoles. El resto de la semana solo pensaba en él, su voz, sus caricias, su lengua. Sobre todo su lengua.

Empecé a llegar tarde al trabajo, a malograr ventas, a perder oportunidades imposibles de perder, y Sanguinetti, se diría que satisfecho de verme desconcentrada, amenazó con reducirme las comisiones si no aceptaba su invitación. “A cenar, chiquita, aunque sea a cenar.”

Hice lo imposible para eludirlo. Era más fuerte que yo el rechazo por ese gordo libidinoso de manos blancas, peludas y fofas. Pero cuando recibí la primera liquidación por un monto muy inferior a lo esperado, asustada porque se iba al tacho mi ilusión de alquilarme un departamento, a pesar de que entre Wilmer y yo había un acuerdo tácito de no abordar temas privados, decidí hablarlo con él.

Pasada la expresión de sorpresa, lo primero que dijo fue que no pensaba ofenderme dándome dinero, que lo nuestro era puramente espiritual, pero que quizás conocía a alguien dispuesto a ayudarme, una persona que pagaría muy bien por presenciar nuestros encuentros.

—No sabes cuánta gente gasta muy mucho por mirar. Solo por mirar —me aseguró.

Si bien lo había dicho sonriendo, en un tono que me hizo pensar en una broma, cuando me clavó seriamente los ojos y dijo “piénsalo, niña, piénsalo”, tomé mi mochila y me fui del hotel espantada.

Furiosa de que se le hubiese ocurrido semejante estupidez,

no volví a ninguna de nuestras citas estipuladas y me dediqué a recuperar el tiempo perdido trabajando doble turno en la inmobiliaria.

Entonces, lo que nunca, durante las tres semanas que siguieron llamó por teléfono a la inmobiliaria, me mandó mails, dejó mensajes en mi celular, hasta consiguió la dirección de mis padres y me envió un ramo de rosas con una nota de disculpas.

Cuando al fin lo atendí, más allá de que oír su voz en el teléfono reavivó un fuego que nunca se había apagado, más allá de que me indignara sentirme atraída por un egoísta que me consideraba un objeto sexual, acepté volver al hotel, pero dejando bien claro que la habitación 113 seguiría siendo solo para nosotros dos.

Y ese lunes fue espectacular. La refrigeración a full, las velas encendidas, Diana Krall cantando *Quiets Nights* y Wilmer, desbordante de sensualidad, haciéndome levitar. Fue como si, desdoblada, me mantuviese a un metro por encima de la cama, viendo mi cuerpo hamacarse sobre las aguas del colchón.

Apenas repuesta de la experiencia, me sacó la venda de los ojos y me dejó estar entre sus brazos. No importaban los truenos a lo lejos ni la tormenta que estaba por descargarse. Las velas se habían consumido y en medio de la negrura de la habitación, me desperocé oyendo la lluvia contra las persianas, mientras él me acariciaba el ombligo en forma circular y ponderaba los resultados de la dieta.

Antes de irnos, abrió su libro para indicarme una postura mucho más compleja, por no decir imposible, que los dos habíamos descartado un tiempo atrás, y yo, nuevamente embalada con los juegos, le aseguré que la practicaría en clase de yoga.

Anadria interpretó mi pedido como una gran apuesta de mi parte y a fin de flexibilizarme al máximo, me dio a tomar unas cápsulas de ácido láctico y me mandó fricciones con una mezcla de sal yodada y vinagre, para estirar los tendones.

No le di importancia a los malestares intestinales, tampoco a los vómitos. Llegué a un punto en que solo comía yogur descremado y tofu, lo demás no me pasaba. Mi único objetivo era que, en cada uno de nuestros encuentros, Wilmer me acariciara el pelo con ternura y repitiera mi nombre como un mantra, hasta hacerme entrar en un sopor cercano al sueño. Su voz maravillosa me llevaba a una dimensión donde la entrega era total, una especie de fraccionamiento del cuerpo y la voluntad, un estado que me hacía renegar por completo de mi hija, de mi familia, de mí misma.

Sus movimientos eran largos y pausados, me masajeara como si sus manos se multiplicaran explorando cada centímetro de mi cuerpo, salvo los genitales, de modo que la penetración dejaba de ser algo esencial.

—Abre tu mente, niña, inhala el aire que exhalo, recibe mi energía —murmuraba y yo, ebria de placer, pedía a gritos más y más.

Sin sospechar que me estaba hundiendo en algo peor que lo narrado en “Cincuenta sombras de Grey”, seguí yendo a la habitación 113 hasta el día en que, además de vendarme los ojos, Wilmer quiso atarme a la cama.

—Estás de suerte, niña, mi amigo ofrece diez mil dólares por tener sexo contigo...

Entonces, en medio del golpeteo de la lluvia contra las persianas —porque esa tarde también llovía —oí abrirse la puerta del baño y caí en la cuenta de que dicho amigo debía de haber

presenciado lo nuestro desde el primer día. Empujé a Wilmer, me arranqué la venda de los ojos y, para mi espanto, me encontré con Sanguinetti, desnudo, a los pies de la cama.

LA SUERTE DEL CARACOL

Desde la sombra los puedo ver a todos. Al sol sería difícil, la luz del mediodía es un desfile de manchas blancas, de estampas difusas, de lugares ciegos que convierten las caras en incógnitas. Prefiero las sombras. Puedo espiarlos, meta reírse, meta fingir que están bien, dorándose en sus reposeras, sudando como si la playa fuese un beneficioso baño de vapor.

Papá, en el agua con mi hermano; mamá, tendida en la arena, leyendo, siempre leyendo, mejor dicho releendo libros que eran de la abuela. Después de haberse peleado con papá por una bobada, pero que si el tío no los detiene se iban a las manos, mamá, como si nada, lee.

La cosa había empezado en el bosque, cuando juntábamos ramas para el asado y a papá se le ocurrió decir que estaba podrido de comer asado, que el tío Luis, el hermano de mamá, no sabía hacer otra cosa que encender la parrilla, y ella le contestó que al menos el tío hacía algo, no como él que se lo pasaba jugando a la paleta o bañándose y no le daba pelota a nadie. Apenas papá dio media vuelta y se alejó refunfuñando, mamá se puso a leer a la pluma de Simone de Beauvoir. El segundo sexo, lee. Es como para preguntarle cuál, según ella, es el segundo sexo. ¿Hombre, mujer, o miti miti, como esos bichos hermafroditas que estudiamos en el cole? Qué suerte tiene el caracol de poder cambiar de sexo a su antojo. A mí, a veces, me gustaría ser hombre. Invariablemente llevan las de ganar, y hacen lo que quieren.

A las peloterías que se arman todos los días en Buenos Aires no les doy importancia, pero hoy, de veraneo, tras que odio el sol y la arena, terminaron de pudrirme la vida. Por eso me quedo acá, sentada debajo de los árboles. Odio pertenecer a esta familia de caretas. Son de décima y cuando se pelean, peor... Un verdadero papelón. Encima, el chupamedias de mi hermano, después de ese asunto, le dio la razón a papá y se fue a caminar con él y con el primo Franco, su ídolo. No sé qué le ve a Franco, si es otro idiota. Nunca abre la boca, y si la llega a abrir, enseguida lo hacen callar, como si tuvieran miedo de lo que pueda decir. A veces me dan ganas de sacudirlo, a ver si se aviva, si se deja de ser tan manso... Sí papá, sí mamá, es lo único que se le oye, además de las escalas en el piano.

La tía Berta vive a dieta, aunque toda la vida el mismo cuerpo redondo y compacto. Cocina toneladas de platos especiales para el tío y para Franco, y ella se conforma con ensaladas. Por qué no se da el gusto con una buena porción de ravioles, si total, el tío hace rato que ni la mira. Le toma el pelo, eso sí. Otra ploma mi tía: deja que le falten el respeto. Bueno, a mí tampoco me respetan. Saben que no como nada que tenga ojos, y me plantan delante fuentes repletas de animales muertos, qué digo muertos, asesinados. Yo, en secreto, les pido perdón al chanco, a la vaca, al pollo, a los peces... En nombre de estos asesinos inconscientes les pido perdón.

Nada cambia. Hace años que veraneamos juntos en la casa de los Acantilados. La casa era de los abuelos, los padres de mamá, pero en la repartija se la quedó el tío Luis. Mamá ligó el departamento donde vivimos, en Acassuso. Un canje de mierda, dice mi padre cada vez que sale el tema. Solo una tarada como vos cambia un caserón frente al mar con dos mil metros

de parque por un departamentito de tres ambientes... Papá siempre tuvo pica con el tío Luis. “Lleno de guita y encima hereda los Acantilados...” –dice, y aunque no se cansa de repetir que la plata llama a la plata, bien que todos los años veraneamos de arriba en lo del tío Luis.

El tío ahora está de espaldas, mirando las olas como quien mira una mesa tendida repleta de manjares. Para él, el mar debe ser un escabeche de congrio, langosta al vapor, pejerrey al pilpil, pulpo a la gallega, cazuela de mariscos o mejillones a la provenzal. La comida es su único tema de conversación, también la política, sobre todo de Perón a esta parte. Otra cosa que me pudre la política. Mientras mamá y la tía despejan la mesa, mi padre se enrosca con el tío en tremendas discusiones. Cuando empiezan a levantar el tono, me pongo los auriculares y voy a mi cuarto, a escuchar música.

Siento que no tengo nada que ver con esta banda de ridículos que me fuerzan a bajar a la playa en vez de dejarme tranquila en casa mirando tele. Odio que me den órdenes. Por eso me pienso quedar atornillada acá, alargando la hora de juntarme con ellos. Al menos, a la distancia, son como esas fotos demasiado claras, demasiado turbias, demasiado expuestas, y no los oigo hablar.

Acá en la sombra hay muchos mosquitos. Los ahuyento revolviendo una rama pelada, con esa rama aparte las hojas secas y dibujo un caracol grandote sobre la tierra fresca. Si fuera un caracol los mosquitos no me picarían. Podría encerrarme en mi casita e ignorar a la familia, sin que me importe el ruido de las olas, los golpes secos de la pelota en la paleta o la risa entrecortada y artificial de la tía... Lo bueno de los caracoles es que son sordos.

De pronto mi primo sale de atrás de un árbol con cara de feliz cumpleaños.

–¡Vení, vamos a caminar! –dice.

–¿Vos también me vas a dar órdenes? –digo.

–¡Dale, vení! Te quiero enseñar algo –insiste, y como estoy recontra aburrida, me pongo de pie y lo sigo.

Camina dando grandes zancadas. Tengo que correr para no quedar atrás. No me importa el suelo húmedo ni las agujas de pino clavándoseme en los pies descalzos. Tengo curiosidad. De a ratos el sonido del viento entre las ramas y el olor picante de la resina, de la tierra negra, de los hongos anaranjados que crecen cerca de los pinos, me dan una impresión de libertad.

–Vení, vamos más allá, ordena Franco y yo obedezco.

Al rato se detiene delante de una pila de troncos podridos, se agacha, mete la mano entre el musgo, saca una lata, la abre, toma un papelito de seda, le pone tabaco, arma un porro, lo enciende, le da una pitada y me lo pasa.

–¿Fumás, no?

Nunca fumé, pero no contesto, solo aspiro con fuerza y mientras mantengo el humo en la boca, lo desafío con la mirada. Me da como una cosquilla, acá, debajo de la garganta, una especie de pellizco que se prolonga hasta el pecho y me hace latir el corazón. Muy fuerte late. Pero me la banco. ¿Qué se cree el muy imbécil, que me va a sorprender así nomás?

Se da vuelta y sigue caminando. Solo se detiene cada tanto para convidarme una pitada. Retengo en la boca el humo sin tragarlo y lo miro irse, alto, flaco, con los pelos negros que flotan en el aire, con la gracia de alguien que sabe a dónde va. No sé por qué, hoy, lo veo menos idiota que de costumbre. El nerd de mi primo no es tan nerd después de todo, tiene carácter.

En un claro del bosque se detiene de nuevo. ¿Otra lata escondida? Me muero. Ya me siento bastante rara como para seguir fumando.

Se agacha a cortar unas florcitas blancas, y me las da. Es un ridículo. Mi padre hace lo mismo, cada vez que se pelea con mamá aparece con un ramo de flores... Como si las flores pudieran borrar los insultos...

Las flores de Franco tienen olor a cebolla y están llenas de hormigas. No digo nada, solo las dejo caer de a una. Espero que no se dé cuenta.

—¡Qué pendeja tonta, te vi! —dice, y me da tanta bronca que me arden las mejillas.

—Soy alérgica —miento, y miro para atrás.

—Qué vas a ser alérgica, Milly, te conozco... —se ríe.

—Che. ¿No nos alejamos mucho? —digo.

Dice que no.

El sol ya no encandila como al mediodía, sino que se **es-
curre** entre las ramas en un entramado de luces y sombras que oscurece el contorno de las cosas. Azules, veo todas las cosas... Con un borde rojo.

—¿Dónde vamos, Franco? —atino a preguntar después de un largo silencio. Él responde “más allá”, señalándome un lugar a la distancia.

—Allá están los acantilados —digo. Entonces sonrío. De una manera extraña, sonrío. Tengo frío.

—Vení, zonza, no tengas miedo —dice y me agarra de la mano. Caliente su mano, y fuerte. ¿Qué onda con mi primo?

Me suelto en seguida, no soy una nenita de jardín para que me lleve de la mano. Ahora mismo quisiera cambiar de sexo,

decirle en la cara ¿che, jugamos un picadito?, y salir pateando la pelota y dejarlo con la boca abierta.

–¿Qué te pasa, Milly?

–Nada.

–Dale, tenés una cara...

–Estoy harta de caminar –digo. Enciendo mi mp3 y me calzo los auriculares. Me borro. La música es mi caparazón, puerta cerrada, sordera total, mi primo gesticula, mi primo meta “dígallo con mímica” y yo busco el tema *Fucking Perfect* de Pink, y canto: “*Maltratada, fuera de lugar, incomprendida...*” Un flash. Pareciera que Pink escribió esta canción para mí.

Se terminaron los árboles. Se terminó el bosque. Igual todo lo que miro sigue azul, violeta, anaranjado. Tengo ganas de dar media vuelta, de volver por donde vine, de regresar a los árboles, cerca de la playa, tranqui, sin que me hagan preguntas. Pero Franco me hace señas. ¿Qué quiere? Me saco los auriculares, dejo a Pink alrededor de mi cuello, encerrada en su cueva de almohadillas de plástico. Ahí, quietita sobre mi pecho la música es menos que un grillo.

–¿Qué querés, Franco?

–Ya llegamos –dice y extiende el brazo en un gesto de compás que parece abarcar todo el paisaje. Espero que este cursi no me saque a bailar.

El murmullo del bosque quedó atrás, tapado por nuevos sonidos. Pasa una bandada de gaviotas. Las olas rompen como sopapos contra las rocas, un silbido de cortaderas apaga la voz de Pink, presa entre el viento y los latidos de mi corazón. Cada vez más fuerte, late. Me va a estallar.

El borde del acantilado se abre a mis ojos como una pista de despegue. A lo lejos, el horizonte rojo destiñe en el agua

charcos sanguinolentos, como si la línea divisoria cielo-mar, empezara a desintegrarse. A veces pienso que cuando al mundo se le dé por desaparecer lo hará por ahí. Por el justo medio entre el agua y el cielo y se irá disolviendo igual que azúcar en el café con leche e iremos cayendo en ese inevitable derrumbe, ahogados en un caldo de mar, tierra, árboles, animales y desperdicios, sin que el supuesto Creador, rey de reyes, el que todo lo ve, nos tire un mínimo salvavidas. Me da lo mismo.

—Qué estás escuchando —pregunta Franco, como si de verdad le interesara.

—Pink —le digo, y abre los ojos. Bien grandes los abre. ¿Acaso hablo en chino?

—¿Pink Floyd? —me suelta.

—No. Pink solo.

—Nunca lo oí nombrar.

Pink no es un tipo. Pink es Alecia Moore —le digo, a sabiendas de que un idiota que estudia música clásica en el conservatorio nacional, y que solo hace lo que papá y mamá le dicen, no va a entender. No, él es meta Mozart y compañía... Un embole total.

—¿Qué tipo de música hace?

—La que me gusta a mí —digo y no pienso aclarar.

Se queda pensando, con un aire distraído, los ojos pálidos clavados en los yuyos amarillentos que salen de la tierra igual que flechas, y me entran las ganas de sacudirlo.

—Seguro que es heavy metal... Típico de tu edad —dice.

—Ahhh, bueno, habló el adulto...

Alarga la mano hacia mi pecho. —A ver, dejame escuchar.

—¡Ni pienso! —digo y atajo los auriculares con las dos manos.

—Mirá que sos mal copada, Milly.

–Mejor hubiera sido tener una prima –digo.

–Qué va a ser mejor..., dice él. Mejor es no tener a nadie. Ni padres, ni tíos, ni primos, ni nada. Nadie que te moleste, nadie que te ande atrás, nadie que te marque... Se ríe.

No lo diré por mí. Yo no le ando atrás, el que lo persigue por todos lados es el pesado de mi hermano. No le pienso contestar, después de todo el que me vino a buscar es él y ni siquiera sé para qué me trajo hasta acá.

Unos pasos más adelante caigo en la cuenta de que trepando, trepando dimos todo un rodeo por el bosque y nos encontramos justo encima de la playa. Abajo, papá, mamá, el tío Luis y la tía Berta parecen marionetas empantanadas en la arena. Mi hermano, con la tabla de surf, es un palito entre las olas. Como bichos abandonados por la marea, la familia...

–Sentémonos cerca del borde –ordena Franco.

Me siento.

Nuestras piernas cuelgan en el vacío, tan sobre la nada, tan en la saliente, que me mareo.

–Me da vértigo –digo.

–Cerrar los ojos –dice.

–¿Para qué?

–¡Cerralos!

Los cierro.

Tengo un fuerte cosquilleo en la planta de los pies. No sé lo que va a pasar pero presiento que si mamá estuviera acá diría ¿Estás loca, nena? ¿Nada menos que con tu primo?

Solo por eso, apenas Franco intente algo, me voy a recostar para atrás, en el pasto y lo voy a dejar hacer lo que quiera. Primos hermanos, perfecto. Van a ver que soy capaz de hacer lo que sea con quien se me da la gana... Seguro que me va a

besar. Aprieto fuerte los ojos y me vuelvo a poner los auriculares. Pink canta *Family Portrait*, mi favorita, otra que parece escrita para mí.

Franco no se acerca ni me toca. Lo espío. Sigue sentado, mirando ese lugar del horizonte donde agua y cielo son lo mismo. Insisto, mi primo es un idiota. O se creerá lindo con sus brackets y la cara llena de granos... Lo odio.

Se pone a armar otro cigarrillo, me lo acerca a los labios.

–Aspirá despacio –dice.

Trato de no aspirar nada. Todavía siento el revoltijo del primero.

Me observa como quien mira a un bicho raro en el zoológico.

–Todavía no entendiste nada, sos muy chica.

–¿De qué hablás? Ni que fueras tan grande... Dos años me llevás, tarado.

–Mirá, vivís enculada con tus viejos, con tu hermano, con la vida. Yo, en cambio...

–¿Vos en cambio qué?

–Yo les digo a todo que sí y después... Después ya ves, nena, hago la mía.

–¡Y dale con eso! Me revienta que me digas nena.

Vuelvo a cerrar los ojos y espero. No sé qué es lo que espero, pero espero.

–Miralos –dice– ¿No son asquerosos?

–¿Quiénes?

–Ellos –señala con el mentón a la familia, allá abajo.

No digo nada. No sé si me gusta compartir mi odio con él.

–Sabés lo que vamos a hacer... –dice incorporándose de golpe, y yendo hacia un montículo de piedras detrás nuestro.

Grandes, redondas, grises, las piedras. Levanta una, otra y otra hasta que parece encontrar la que quiere. Lo dejo hacer. Hasta me río cuando se planta al filo del acantilado, los dedos de los pies en garra, haciendo equilibrio con la piedra en alto, por encima de su cabeza. Del tamaño de una pelota de fútbol, la piedra.

—¿A que no sos capaz? —digo. Y se me llena el pecho de cosquillas y la garganta de fuego.

—¿Y vos? —Sus ojos van de mis manos a las piedras que están a mi izquierda.

—¿Y yo qué?

—¿Vos, Milly, sos capaz de tirar la primera piedra? Así, como si jugaras al bowling...

Este pibe está del tomate, pero no me va a joder.

—Dame una pitada —le digo, y esta vez aspiro el humo con todas mis fuerzas y lo trago y aspiro de nuevo y lo trago y él me grita: —¡Pará loca, aflojá un poco!

Siento un horno por dentro y me da risa cuando pienso en mis padres y en los tíos. Franco sigue ahí, en equilibrio, observándome. Qué risa si trastabilla y queda tambaleándose, con la piedra a punto de caer, y los de abajo a punto de morir aplastados. Qué cara va a poner si le saco la piedra y la tiro yo... Qué va a hacer si de pronto le robo la piedra y levanto vuelo. Volar es re lindo, todo azul, todo verde y yo bajando por el acantilado con la piedra tibia, lisa, suave pegada a mi panza. Aferrada como un caracol, como una babosa, para amortiguar el golpe, para no lastimar a mamá que lee en su reposera, y menos mal que mi hermano en el agua y papá también. Así, despacito. El sol me encandila, el sol tan brillante, tan venenoso, mientras Franco, allá arriba del acantilado, me saluda y me tira besos...

EL CONSULADO

¡El que sigue!, gritó la gorda asomándose por el ventanuco. Un ancho surco de raíces negras atravesaba su cabellera teñida de amarillo. Observó el largo gusano de gente formada al pie de su oficina rodante. La fila era considerable delante de la camioneta blanca con vidrios polarizados, estacionada a dos pasos de un contenedor repleto de papeles.

A Clara le temblaban las manos cuando le tocó el turno. De pie desde las cinco de la mañana, con el viento arremolinándose y levantando tierra y papeles grasientos bajo las recovas de Paseo Colón, la capital le parecía cada vez más inhóspita. Entregó su carta de recomendación con la certeza de que no iba a conseguir el trabajo.

Lejos estaba San Pedro, y la barra de cereales comprada a los apurones al bajar del micro, ya era historia. Tenía hambre y frío. Mientras la gorda leía la carta abrió su bolso, sacó una camperita arrugada y se la echó sobre los hombros. Una ráfaga soltó un mechón de pelo de su prolijo rodete y le azotó la cara como la sombra de un sopapo.

¿Sabés hablar inglés, vos?, rugió de pronto la mujer, y ella sintió que el corazón le salía por la boca. No acostumbraba mentir, pero qué otro remedio quedaba si quería el puesto. El escaso inglés que había aprendido venía de las series de televisión.

—¿Hablás o no hablás?

—Sí, un poco, balbuceó Clara.

—¡Tomá, llená esta planilla y formate con los que están en la vereda de enfrente!

La gorda encendió un cigarrillo, volvió a gritar “¡El que sigue!”, hizo un bollo la carta de recomendación y la echó al contenedor, con las demás.

Los grandes ojos negros de Clara se volvieron chiquitos al ver donde había ido a parar la prolija carta del capellán del colegio, una carta llena de halagos y ponderaciones, que le había costado mucho obtener, y esa carta en la basura hizo que el entusiasmo contagioso de sus amigas despidiéndola en la terminal “Dale con todo Clarita, que el puesto es tuyo”, empezara a perder algo de fuerza. Un nudo en la garganta, pero no iba a llorar. Ella nunca lloraba.

Salir del cono de sombra para ir a la otra vereda fue como pasar del foso de los recuerdos al fulgor de la realidad. Cruzó la calle sin apuro y una vez en la nueva fila, esperó a que el hombre que estaba delante de ella terminara su crucigrama, para pedirle prestada la birome.

Cuando la vieron los que pasaban por la fila haciendo preguntas y descartando postulantes, la llevaron unos cuantos puestos adelante, más cerca del cartel que rezaba *CONSULADO* y donde los rayos del sol soltaban algo de calor.

El corazón le latía con tanta fuerza que tuvo la sensación de que todos verían el subir y bajar de su pecho dentro de la blusa. Qué iba a pasar cuando le tocara el turno, qué iba a hacer si le pedían que hablara de corrido en inglés.

Una vez en la entrada, entregó su planilla a un muchacho que parecía enano dentro del uniforme de conserje demasiado grande.

—Subí nomás —dijo abriendo una sola hoja de la puerta doble—es en el primer piso.

Clara subió despacio por las escaleras empinadas y angostas. Las paredes, tapizadas con una serie de enormes cuadros con escenas de la roma antigua, parecían a punto de derrumbarse por el peso, y se apuró a pasar los escalones de dos en dos.

En el palier del primer piso había dos puertas. La de la izquierda, vidriada, dejaba ver a través de sus cristales, sillones macizos, estatuas de mármol, arañas de caireles, alfombras, muchas alfombras, y almohadones de terciopelo bordó, semejantes a los del confesionario de la capilla del colegio donde había completado sus estudios. La puerta de la derecha, en cambio, era de madera negra con una placa de acrílico indicando: *TOQUE TIMBRE Y ESPERE*

Entonces tocó timbre y esperó.

Minutos más tarde, un chico esmirriado ojos saltones pantalón a rayas pelo achatado a la gomina, le entregó un número, el 123, le recomendó que no lo perdiera y la hizo pasar a un cuarto sin ventanas donde había varias hileras de sillas de plástico.

Diez o doce chicas hablaban en voz baja. El hombre que le había prestado la birrome leía el diario sentado en primera fila. Ella se ubicó detrás de él y apoyó su bolso en el piso. Le resultaba raro que un hombre se postulara para el puesto, y aunque por el momento no le habían pedido su flamante título de bachiller, confiaba en que sus excelentes calificaciones fueran del agrado del empleador. Su única preocupación era el tema del inglés.

Al rato entraron otras dos chicas, vestidas como para una fiesta. Echaron un rápido vistazo a los que estaban en el cuarto y, muertas de risa, se fueron a sentar en las sillas del fondo. En

menos de media hora el lugar estaba lleno de gente y a Clara le empezó a faltar el aire.

–¿Tenés hora, linda?

El hombre de la birome se había dado vuelta y su aliento a tabaco le dio de lleno en la cara. De cerca, si no hubiera sido por la camisa manchada en las axilas y el labio inferior vuelto hacia abajo como un repulgue, no era mal parecido. Viejo, sí. Pero no tan feo como el padre Ambrosio.

Clara se llevó la mano al bolsillo y, alarmada, descubrió que ya no traía el celular que le había prestado su amiga antes de que subiera al micro. “Llamá ni bien llegues, Clarita”, le había dicho.

–No tengo hora –dijo y no hubo necesidad de dar explicaciones, su expresión lo decía todo.

–¿Vos no sos de acá, no? –dijo el hombre.

–No.

–¿De dónde venís?

–De San Pedro.

–Vas a tener que acostumbrarte, linda. Acá, el que no corre vuela. Te lo deben de haber afanado, allá abajo, en la fila –dijo y le alargó un pañuelo de papel.

–No, gracias. No lo necesito –dijo Clara.

Ganas de llorar no le faltaban, pero había aprendido a tragarse las lágrimas y aguantó sin chistar las ganas de salir corriendo. Se consoló pensando que, apenas cobrara el primer sueldo, se compraría un nuevo celular. Pero eran más fuertes las ganas de salir corriendo y, a punto de retirarse, fue hasta la puerta, justo cuando, desde el palier, el chico del pantalón a rayas la llamaba por su número.

–¡Vas a ver que te toman! –dijo el hombre– con lo linda

que sos, te toman seguro—. Y, ayudándola a levantar el bolso, la empujó suavemente por la espalda. Su mano estaba húmeda.

Después del escalofrío, Clara trató de sonreír y fue hacia donde el muchacho del pantalón a rayas la aguardaba con un manajo de llaves.

Salieron al vestíbulo, cruzaron hasta la puerta vidriada y él abrió las tres cerraduras. Una vez que la hizo pasar, en seguida se retiró cerrando nuevamente los pasadores.

En el salón, un silencioso olor a flores muertas. Los cortinados de terciopelo no dejaban pasar la luz ni los ruidos de la calle, todas las lámparas estaban encendidas como para una fiesta nocturna. De a ratos se oían crujir las maderas del piso, de las puertas, hasta de las vigas en el cielorraso que, oscuras y labradas, formaban en lo alto una complicada cuadrícula. El lugar rebosaba de lujo pero, por más que se esforzase, Clara no lograba imaginarse a los niños jugando en esa casa.

El hombre que apareció por una puerta disimulada detrás de un gran espejo era corpulento, bronceado, y fumaba un habano. Ella le calculó unos cuarenta años, aunque no estaba segura, nunca había sido buena adivinando la edad de la gente.

Pitando con visible deleite, el hombre, sin siquiera ofrecerle asiento, se arrellanó en uno de los sillones y la observó un rato sin decir nada. Luego, como quien se despabila de un repentino sopor, abrió grandes los ojos y adelantó el mentón.

—¿Y tú, quién eres, niña? —preguntó con acento caribeño.

—Clara García, señor.

—¿No te han hecho esperar demasiado allí fuera?

—No, señor.

—¿Qué edad tienes?

—Diecisiete, señor.

—¡Deja de decirme señor, que me haces sentir viejo...! Soy Germán, pero todos me conocen por el Cónsul. ¿Ya te han explicado cómo es el trabajo?

—No, señor Cónsul.

—Mira, Clara, te adelanto que aquí los chicos lo pasan pidiendo cosas, pequeños caprichos digamos, pero nada imposible de cumplir. En cuanto los vayas conociendo, te entenderás perfectamente con ellos. No acostumbramos poner demasiados límites. ¿Me comprendes? Esto es una familia, una verdadera familia.

Dicho eso, se levantó, la tomó del brazo con suavidad y la llevó hacia la puerta, detrás del espejo.

—Pasa por aquí mientras recibo a las demás postulantes, mi mujer te va a hacer unas preguntas.

El otro salón era una réplica del anterior, salvo que predominaban los tonos verdes. Tampoco allí estaban abiertas las cortinas. El silencio era una manta gruesa que flotaba sobre las cosas sin siquiera rozarlas, igual que los domingos a la hora de la siesta, cuando quedaba sola leyendo novelas en la cocina del colegio.

Alta, delgada y vestida de manera impecable, la mujer del cónsul entró abanicándose con una libretita negra. Su belleza exótica intimidó a Clara, sobre todo cuando sus lindos ojos verdes la auscultaron de arriba abajo.

—Suéltate el pelo, querida, dijo.

Clara apoyó su bolso en el suelo y se la quedó mirando.

—¿No quiere ver mis papeles?

—Luego, niña, luego. Sácate un poquito de ropa, la ropa oculta muchas imperfecciones, y dime algo en inglés. Su tono era calmo, prácticamente un murmullo.

A punto de perder la compostura, Clara dijo: –*Sorry madam*, mi inglés no es muy bueno....

–Sí, ya veo.

–Pero aprendo rápido... El aviso no aclaraba que el inglés era obligatorio...

–Lo sé, yo misma he redactado el texto. Pero un idioma siempre ayuda...

Clara, falta de aire, pensó que el problema era su pésima pronunciación y se dispuso a levantar su bolso para retirarse.

–Aguarda un instante, chiquita, ¿a dónde vas? Y, antes de desaparecer por la puerta espejo, le guiñó un ojo. –No te pongas mal, ya vuelvo.

Y otra vez el silencio. Nada se oía detrás del espejo. A Clara le empezaron a temblar las piernas, no supo si de miedo o de emoción, pero como nadie la había invitado a sentarse, se quedó de pie, confiada en que había un malentendido. Por ahí la mujer del cónsul fue al contenedor a buscar mi carta de recomendación, se dijo. Mejor promedio de primero a quinto año tenía que convencerlos. Y trató de calmarse haciendo un minucioso inventario de las preciosuras que la rodeaban. Una verdadera gloria trabajar en un lugar así. Durante la espera, que fue larga, saltó del optimismo al pesimismo, y a medida que el tiempo fue pasando, un miedo irracional la condujo a pensar que no la tomarían. Por un resquicio entre las cortinas del fondo se vislumbraba cierta claridad, quizás un balcón. Quería tomar aire. Se acercó a espiar. Era un falso balcón, solo una baranda pegada a la ventana cuyas fallebas herrumbradas eran imposibles de abrir.

Con las cortinas abiertas, la luz entró de lleno la habitación, iluminando los cristales, los adornos, el oro de los picaportes y

la estatuilla de un fauno de bronce macizo sobre la chimenea. Nunca había visto algo tan bonito. Salvo por los cuernos, se parecía mucho al san Antonio que estaba en el patio del internado, y pensó que si la contrataban iba a sacarle una foto y enviársela a sus compañeras, para que vieran la casa lujosa que le había tocado. También descubrió que al lado de la puerta espejo había una puerta más chica, menos labrada, que daba a un largo pasillo alfombrado. En el fondo del mismo, una gran estatua que representaba a una horrible mujer de cuatro brazos iluminada por una luz ámbar, intermitente, que sugería los destellos de un faro, le provocó náuseas. Necesitaba un baño con urgencia, pero apenas atinó a tomar por el corredor, oyó pasos en la habitación contigua y se apuró a cerrar la puerta, las cortinas y volvió a su lugar.

El cónsul y su esposa entraron del brazo y se pusieron a hablar entre ellos como si Clara no existiera.

–Tiene potencial, dijo el cónsul.

–No quiere sacarse la ropa, dijo la mujer.

–Pero es exactamente lo que buscamos, apuntó él.

–Habría que ver si después..., dijo ella arqueando las cejas.

–Deberíamos ponerla a prueba, concluyó el cónsul, y agregó: A ver, Clara, siéntate y entrégame tu documento de identidad.

–¿No va a querer ver mi certificado de estudios? –insistió Clara mientras deslizaba una mano en el bolso.

–Luego, niña, luego, dijo la mujer tomando con dos dedos el flamante DNI que Clara le extendía.

–¿Y cuándo voy a conocer a los chicos?

–Pronto. Quizás mañana puedas atender al primero...

–¿Pero..., cuántos son?

—Eso no te incumbe, querida—, dijo la mujer ubicándose detrás de ella y procurando desatarle el pelo.

Una vez suelto el broche de falso carey, la abundante cabellera se derramó sobre la espalda de Clara como un resplandeciente manto negro. Y, a pesar de sentirse casi desnuda y de no entender del todo el extraño comportamiento de esas personas, suspiró confiada apenas notó un pequeño signo de aprobación en la mirada del cónsul.

—¡Preciosa! Sonríe, Clara, vamos a fotografiarte.

El cónsul le hizo varias tomas con una tablet y, luego de mostrárselas a su esposa, luego de murmurarle cosas al oído, dijo: —Quédate aquí sentada que en unos minutos venimos a buscarte—. Y ambos se retiraron del salón, llevándose su documento.

Nuevamente sola, Clara sintió por un segundo la tentación de sacarse una foto con el pelo suelto y al lado del fauno, pero en seguida se arrepintió y volvió a sujetarse el rodete. “¡Llevar el cabello suelto es incitar al pecado!”, decían las monjas celadoras. Y ella, al igual que otras dos compañeras que aspiraban entrar en el noviciado, jamás había dado descanso al cuero cabelludo.

El cónsul y su mujer tardaban más de la cuenta. Clara se levantó, fue hasta la chimenea donde, entre dos candelabros y al lado de un reloj de péndulo, había un portarretratos. Mostraba a un grupo de mujeres bonitas, todas con el mismo traje de baño; entre ellas reconoció a la esposa del cónsul y al cónsul que, envuelto en una bata blanca, saludaba a la cámara agitando su habano. Qué linda familia, pensó Clara. Una familia a la que ojalá pueda pertenecer. Parecían estar en la borda de un barco o en la explanada de un balneario; se divisaban palmeras,

edificios altos y, lo que más le llamó la atención fue, a la distancia, un parque de diversiones. Nunca había pisado uno, y se dijo que ahora, en Buenos Aires, tendría la oportunidad de hacerlo, quizás con los hijos del cónsul. En la tele del micro, el Parque de la Costa se le había antojado igual a Disneylandia, otro lugar que soñaba conocer cuando juntara suficiente dinero.

Sonaron las doce en el reloj de la chimenea. Hacía siete horas que había llegado a Buenos Aires y cuatro que estaba en el Consulado. Tenía hambre, sed y ganas de orinar. Inquieta, se levantó, caminó, se volvió a sentar y por último, con la vejiga a punto de estallar, abrió la puerta chica, y se escurrió por el pasillo en busca de un baño.

Avanzó en puntas de pie en medio del vaivén de luces proyectadas por la estatua de cuatro brazos. A ambos lados del pasillo había una serie de puertas numeradas. Como en los hospitales, pensó Clara y surgió la imagen de su madre a punto de parir otro hermanito en una de tantas camas con olor a desinfectante.

Todas las puertas estaban con llave. Recién al final del pasillo, cerca de la monstruosa estatua, un picaporte cedió. Era el de la 123.

Después de golpear tres veces empujó la puerta y se asomó. Estaba oscuro. Una voz ronca, que parecía venir de lejos, dijo adelante, pasá. Y ella pasó.

Lo primero fue el olor a tabaco. Y una música suave que parecía envolverlo todo. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la habitación, el mismo confort, el mismo lujo que en los demás salones, salvo que allí había una cama grande, redonda, rodeada de espejos, muchos espejos y, repetido al

infinito sobre una colcha dorada, el viejo de la sala de espera, en calzoncillos, leyendo el diario.

—¡Viste que te tomaron, linda!

Y, ante la cara de asombro de Clara, agregó: —¡Quién hubiera dicho que yo iba a ser tu primer “chico”! Por eso me gusta colarme en la fila de las nuevas... Para poder elegir... Un pequeño capricho que el Cónsul me permite por ser un buen cliente. —Vení, sentate acá —dijo señalando un lugar a los pies de la cama—. Contame por dónde querés empezar.

Clara dio un paso atrás. —Solo necesito ir al baño, susurró.

—Cómo no, linda, andá, andá, tomate el tiempo que quieras. No tengo apuro.

Clara cerró con traba la puerta del baño. No había alcanzado a bajarse la bombacha cuando la orina tibia empezó a escurrirse por sus piernas formando un charco. Mientras buscaba con qué secar el precioso piso de mármol rosa, pensó en sus días en el internado, fregando de la noche a la mañana para pagar la caridad que las monjas le habían brindado, a ella, niña de pocos recursos. También pensó en las rejas que vedaban las ventanas, en la luz mortecina de los pasillos con olor a cera, en las nobles penitencias, y la palabra resignación pronunciada hasta el hartazgo por las monjas, surgió más contundente que nunca.

Muchas cosas se agolpaban dolorosamente en su garganta, pero no iba a llorar. Sin celular no había forma de pedir auxilio. Se tomó el tiempo de buscar en su bolso la tijera de costura, la aferró, tragó una a una las lágrimas acumuladas en el filo de los ojos y, cuando dominó el temblor en la boca del estómago, cuando estuvo segura de que no se le notaba el miedo, más triste que decidida, se soltó el pelo, abrió la puerta del baño y salió.

UN VERANO EN ESPAÑA

Alta, seca, flaca, estereotipo de la solterona insulsa, traía sin embargo en la mirada un halo voluptuoso, como si los cabarets del viejo Berlín hubiesen encallado en sus ojos. Nunca bajaba a la playa. Tomaba el desayuno y la cena en un rincón apartado de la terraza, seguramente para no tener que conversar con el resto de los pasajeros. Comía con la punta de los labios, introduciendo disimuladamente los alimentos en su boca, como si deslizará mensajes secretos por una diminuta rendija. Pan, nunca. Carne, jamás. Vino tinto, una copa cada noche, con hielo y una rodaja de limón.

No le interesaban los hombres del lugar ni quería que se los presentaran. Odiaba los versos, las novelas de amor, los boleros. Nunca había caído en lo que ella llamaba “babosas situaciones románticas”; nunca había alentado las propuestas de los señores que, entonados por las copas y el aire marino, deambulaban por las playas de Girona, en plan de conquista. Ella admiraba su soltería, su libertad, la gran ventaja de ser una mujer con sentido común. Porque eso era Petra a los cuarenta años, una mujer centrada que no necesitaba de otros para disfrutar de la vida.

Durante el día buscaba cubrirse del sol implacable con prendas largas y sombreros de ala ancha. Su lugar favorito era bajo una sombrilla a lunares, donde leía durante horas sus libracos en alemán, tomaba café amargo, hacía palabras cru-

zadas. Daba la impresión de que el paisaje no le interesaba, eran muy pocos los momentos en que levantaba la vista de la lectura para mirar a su alrededor. A veces cruzaba algunas palabras en un mal español con la dueña de la posada, una andaluza simpática que trajinaba desde temprano a la par de sus empleados.

Esa tarde Petra se había puesto a observar a los pasajeros del hotel, no porque tuviese una repentina curiosidad sino porque había momentos en que necesitaba evaluar ciertos puntos para reforzar su teoría sobre la estupidez humana. Los vio bajar a la playa e imaginó que cuando regresaran a sentarse a las mesas de la terraza, donde servían los tragos antes de cenar, se sentirían bellos y bronceados. Qué tontería. Tomar color era el fin primordial de los turistas, la mayoría compatriotas alemanes que todos los años, en agosto, venían a atenuar su blancura junto al mar.

Y hacía una semana que el sol se empecinaba entre las poquísimas nubes y la tropa de turistas pasaba delante de ella con baldes, palas, sombrillas y a los gritos ¡Schnell, que llegamos tarde! Los vio tan grotescos, gordos, sudorosos y cargados de pertrechos que se preguntó a qué llegan tarde, ¿a aburrirse como tontos, a teñirse de estúpido escarlata para después llenarse de ampollas?

Apoyó las palabras cruzadas y la lapicera encima del mantel de plástico verde con cerezas rojas, dejó la taza de café al lado del corazón de la manzana que acababa de comer y se puso los lentes oscuros. Ojalá llueva, pensó, ojalá diluvie así dejan de aturdir la terraza y sus hijos no corretean por ahí, con ese afán que tienen los niños de hacerse notar. Ni que fuera una obligación bajar a la playa...

–¿Me alcanza la pelota, señora?

Parecía volver de una larga ausencia cuando miró al niño como un entomólogo miraría a un insecto desconocido. Colorado, regordete, pelo negro, ojos oscuros y pequeños, detrás de unos lentes demasiado grandes. No tendría más de diez años.

–¿Por qué?

–Porque está ahí, debajo de usted –se animó a susurrar.

La mujer se inclinó a comprobar si era cierto y se volvió a enderezar.

–Pues sácala tú mismo –ordenó.

–No puedo. Está atorada. Se va a tener que levantar.

–¡Mein gott, por qué no lloverá de una vez! –suspiró.

El chico sintió curiosidad. Quién podía desear que lloviera en un día así de lindo... La observó bien: esa mujer, tan fea, elegante y solitaria, le resultaba atrayente.

–¿No le gusta el sol, fräulein? –atinó a preguntar. Y ella, como si recién descubriera que eso delante de ella era un ser humano, le habló.

–El sol me parece una tontería mayúscula, niño. Está ahí arriba, nos da calor, de acuerdo, pero no tiene mayor importancia que la lluvia o el viento, es un proceso que no debería interferir en tu vida ni en la de todos los seres pensantes, digamos.

–¿Y por qué nunca va a la playa?

–No tengo por qué darte explicaciones, pero te diré que eso de repantigarse en la arena como un lagarto es perder el tiempo. No le encuentro la utilidad a estar con poca ropa. Y aquí estoy muy bien, siempre y cuando no vengan a importunarme.

El chico siguió esperando su pelota, pero la mujer se escudó detrás del diario doblado en cuatro y prosiguió con sus palabras cruzadas.

Entonces el chico se acercó un poco más, dio una vuelta, se detuvo a estudiar la posibilidad de sacar la pelota sin molestarla, se agachó, se incorporó y de pronto, al ver el diario por encima del hombro de la mujer, dijo: –La seis horizontal es *diatriba*.

–¿Qué? –dijo la mujer, sobresaltándose.

–Digo que “discurso escrito u oral en el que se censura a alguien o algo”, con ocho letras, es *diatriba*.

–¿Qué dices, niño? Imposible, la cinco vertical es berilo. Si pusiera *diatriba*, en vez de berilo se leería beriro. Ve a la playa. No te inmiscuyas en cosas de grandes.

El niño apoyó el mentón en el respaldo de la silla, pensó unos segundos y, a pesar de la notable irritación de la mujer, le señaló que la cinco vertical no podía ser berilo, ya que un “no metal de color amarillo” era, con toda seguridad, azufre.

–El berilo no pertenece a la categoría de los no metales, es solo una piedra –dijo el chico como para sí.

–¿Será posible, niño? ¡Deja de molestar! ¡Ojalá caiga un aguacero, así te vas adentro de una buena vez!

–Pero hija de Dios, qué está diciendo, mi alma... –soltó la dueña de la posada que venía con una bandeja cargada de copas.

–Querida señora, estoy hablando con el niño.

–Hable con el niño todo lo que quiera, pero no mencione la lluvia, haga usted el favor...

–¿Perdón?

–Pues eso, que a la lluvia no hay que nombrarla.... Hable

del sol, que trae alegría a los corazones, llena de aromas los jardines, blanquea la ropa y perfuma las sábanas del hotel... Sepa que en esta casa lo único que se debe nombrar es el sol que, para mí, después de la luna y las estrellas, es el mejor de los inventos.

—Señora Araceli, no necesito asesora de pensamientos. Este niño me está molestando y tengo todo el derecho a expresar mi disconformidad.

Mientras Petra juntaba sus libros y se levantaba, el niño se apuró a sacar la pelota de abajo de la silla.

—¡Ya va a ver fräulein, la cinco vertical es azufre...! —insistió el chico mientras ella se ponía el diario bajo el brazo y se retiraba con paso decidido a su habitación.

Esa noche Petra no bajó a cenar. Mordisqueó unos polvorones que había comprado en el pueblo a la mañana. Tomó agua de la canilla y se acostó de malhumor. ¿Por qué había venido a esa posada? ¿Por qué a España? Demasiado confianzudos los españoles... “No mencione la lluvia, haga usted el favor.” La menciono todo lo que quiero, se dijo Petra, decidida a que sus próximas dos semanas de descanso serían en Inglaterra. Allí había gente discreta y la lluvia no era mala palabra.

Apagó la luz pero no pudo dormir. Los malditos polvorones le habían dado sed y, mientras iba y venía a tomar agua al baño, se preguntó cómo era posible que ese niño supiera lo que es azufre, diatriba o berilo. ¿Por qué, ella, que no se equivocaba nunca, se había tenido que topar con ese insoportable sabelotodo? Encendió el velador, se calzó los lentes y volvió a sus palabras cruzadas, ya le iba a demostrar a ese chiquillo que estaba equivocado.

A las tres de la mañana había resuelto el crucigrama y, efectivamente, las únicas palabras que calzaban exactas en la cuadrícula eran azufre y diatriba...

Ojalá mañana sábado el pequeño demonio se haya ido de paseo con sus padres, así no me lo tengo que cruzar, pensó, y se volvió a acostar. Boca abajo y sin almohada entró de lleno en un sueño caótico. Se vio dando una de sus clases de lógica en la Waldorfschule, pero delante de muñecos de cera, copias fieles y repetidas de Herr Thomas, un antiguo profesor de matemática que obligaba a Petra y a sus compañeros a leer a Boole aunque a los doce no entendieran una palabra de álgebra. En el sueño había humo, mucho humo del cigarro de Thomas y ella, puntero en mano, iba decapitando esas figuras de cera que, para su espanto, cobraban vida y corrían desparramando sangre al grito de ¡azufre-diatriba!, ¡azufre-diatriba!, y ella terminaba aplastada bajo el cuerpo de Herr Thomas, que trataba de arrancarle la ropa con sus dientes manchados de tabaco.

No eran las siete cuando la despertaron sus propios gritos. Sobresaltada, se incorporó en la cama con una sensación extraña. Tenía los brazos entumecidos y le dolía el cuello. El ocio ya no le sentaba bien. Decidió dar por terminadas sus vacaciones, necesitaba volver a Munich o su equilibrio corría riesgo de quebrantarse. Todo por culpa de ese chico entrometido...

Bajo la ducha se frotó enérgicamente la piel hasta quedar limpia de los inmundos dientes de Herr Thomas. Se vistió de prisa y bajó a desayunar. Le iba a pedir a Araceli que le preparase la cuenta e iría a sacar un billete de tren a Figueres, para regresar a Alemania lo más pronto posible.

La planta baja de la posada estaba sumergida en penum-

bras, solo se oía el tintín de los cacharros y voces provenientes de la cocina; afuera, las sombrillas estaban cerradas. Nadie había bajado aún, pero en la terraza, su mesa estaba ocupada. El chico mojaba pan con manteca en un tazón de café con leche y, cuando la vio venir, se le iluminó la cara.

–Buenos días, fräulein. ¿Vio?, hoy no hay sol.

Petra no había notado que el cielo estaba cubierto de nubes grises y que el mar, planchado por la falta de viento, se mecía con una calma singular.

–Esta es mi mesa –dijo Petra, de pie, a la espera de que el niño se levantara.

–Sí, ya lo sé. Por eso vine a desayunar aquí, la estaba esperando.

–¿Para qué?

–Quiero saber si resolvió el crucigrama.

–Sí.

–¿Era como yo decía?

–¿Dónde están tus padres, niño? ¿Por qué no vas a desayunar con ellos?

–Mis padres no volvieron.

–¿Están en la playa, tan temprano?

–No, anoche fueron a bailar a Cadaqués y todavía no han llegado.

Petra se sentó a la mesa, observó con qué ganas comía su pan con manteca, el café con leche chorreándole por la comisura de los labios, la manera burda con la que se pasaba el dorso de la mano para secarse, y recordó a la oma Gertie preparándole el desayuno: tostadas de pan negro con leverwurst y una taza de malta sin azúcar.

–¿Cómo te llamas, niño?

—Walter.

—¿Por qué no usas la servilleta, Walter?

El chico se alzó de hombros y se preparó otra tajada de pan con manteca.

—Te he hecho una pregunta, niño, contesta.

Incómodo, Walter se volvió a alzar de hombros y sumergió su pan en la taza.

—Un buen alemán debe saber comportarse.

—No soy alemán —dijo el niño— soy catalán.

—¿Y por qué hablas en alemán?

—Mi madre era alemana.

—Lo mismo da, deberías guardar los modales en la mesa—. Dicho eso, Petra palmeó discretamente las manos y, sin quitarle los ojos, llamó a la camarera.

Fue la dueña de la posada quien se asomó por el vano de la puerta. —¿Le traigo su café, fräulein?

—Sí, y medio pomelo, por favor —ordenó Petra, calzándose los anteojos oscuros y cruzándose de brazos. Las nubes no impedían que una virulenta resolana se colara aquí y allá, cosa que iba a resultar bastante molesta a la hora de leer el diario.

—Y, dime, qué edad tienes, niño.

—En octubre cumplo once —dijo el chico sin levantar la vista del tazón, donde ya flotaban grandes redondeles de manteca derretida.

Araceli llegó con la bandeja, depositó por encima del hule con cerezas un mantelito individual de papel con el logo de la posada, la taza, la cafetera y el plato con medio pomelo espolvoreado de azúcar.

—¿Qué es esto? —preguntó Petra con cara de asco.

—Lo que usted pidió, señora: café y medio pomelo.

–Pero... ¿Desde cuándo el pomelo se come con azúcar?, Araceli.

–Para mí, desde que Dios creó el mundo, querida señora...

–Una falta imperdonable, le quita todas las propiedades al pomelo que, de por sí ya tiene excesiva cantidad de fructosa...

–Pues aquí, todos lo comemos así. Deme que se lo cambio –dijo la mujer disimulando un suspiro y partió hacia la cocina silbando bajito.

–¡Ah! ¿Y el diario? –preguntó Petra, pero la mujer no la oyó.

–Los diarios no llegaron –dijo Walter– los traen después de las nueve. ¿Vamos a hacer palabras cruzadas, fräulein?

–“Voy” a hacer palabras cruzadas, dirás.

–¡Yo la ayudo!

–No estás invitado.

Como si no entendiera lo que la mujer había dicho, el niño entrecerró los ojos, se levantó de la silla y fue a tomarla de la mano.

–Mientras esperamos a que lleguen los diarios, ¿bajamos a la playa? Total, no hay sol, no hay olas, no hay gente...

Era cierto. El mar, quieto, daba la impresión de despedirse del verano. Había empezado septiembre y una luz distinta bañaba las casitas amontonadas a lo largo de la costa, como una pila de cajas en desorden... Solo las gaviotas imponían algo de movimiento a la perfecta tranquilidad del paisaje.

Petra no contestó ni se levantó. Pensó que en cuanto sacara su pasaje, pronto vendría la veloz repetición de temporadas, otoño, invierno, primavera, verano, y el terrible compromiso de salir de vacaciones. Más sería que nunca, los ojos perdidos

en la nada, negó con la cabeza mientras el niño la tironeaba de la mano.

No iba a ir a ninguna parte con ese niño insoportable, entrometido, digno fruto de la educación liberal de sus padres. Bastaba ver lo despreocupados que eran al dejarlo solo toda la noche, para ir al pueblo a bailar...

—¿Qué le pasa, fräulein? ¿Le tiene miedo al agua? Venga, quítese los zapatos.

Ese niño tenía el don de sacarla de quicio. Que callara de una vez, que la dejase en paz o iba a terminar dándole una bofetada. Pero nada de eso sucedió porque, cuando estaba a punto de estallar, Walter, con el poder que tienen los niños de cambiar de tema, se puso a cantar la canción favorita de su madre “Liebe Schwester, tanz mit mir” (querida hermana, baila conmigo), y Petra, transportada vaya a saberse a qué recóndito lugar de su infancia, se levantó dócilmente y fue a la playa con él.

Caminaron descalzos por la orilla y cuando la falda larga de Petra empezó a acumular arena húmeda en el ruedo, se la arremangó, la anudó entre sus piernas como una especie de pantalón corto y, de rodillas, se puso a competir con el niño, a ver quién hacía el castillo de arena más bonito, y se olvidó de ir a sacar su pasaje, y al otro día y durante todos los días que siguieron se la vio jugar a la pelota, reír y hacer cabriolas con Walter, hasta la caída del sol.

RAMOS GENERALES

Lo primero que me viene a la mente cuando pienso en Tiny es su perfume, un perfume dulzón que unido a los olores dispares dentro del local mal ventilado, me volvía loco.

Había aparecido por el almacén a fines de la primavera de 1980, y a partir de su llegada, aunque no tuviese nada que comprar era capaz de fingir interés por los salamines, cacerolas, yogures o alpargatas expuestos en metódico desorden, cuando en realidad me regodeaba contemplándola de reojo en su puesto de cajera. Muy derechita, muy atenta a lo que ordenara su padre, don Jarek Baichuck, un paisano serio y circunspecto que había llegado al país, allá por los 50 y que, después de pasar un tiempo vendiendo puerta a puerta en la capital, se había establecido en el pueblo cercano a la finca de mis abuelos, lugar donde también había recalado mi familia, al fundirse la inmobiliaria de mi padre.

Hasta el día en que el polaco, que creíamos soltero y sin descendencia, instaló a su hija en esa caja sobreelevada en la punta del largo mostrador, evitaba ir al almacén. Si lo hacía, era un entro compro y salgo disparando: una, porque no me gustaba hacer mandados, dos porque Baichuck siempre atendía a cara de perro.

Con Tiny era distinto. Por más que no saliera nunca de su cubículo ni hablara con nadie, su sola y perfumada presencia llenaba el ambiente de cordialidad. Sus facciones poco tradicionales tenían algo agreste, ríspido, casi furioso, que contras-

taba con la tersura, la redondez, la generosidad de su soberbia delantera. Las mejillas, surcadas por una ínfima red de venitas rosas, eran un marco perfecto para unos ojos chiquitos, azul hielo, que cortaban el aliento. Y si a eso le sumamos labios carnosos, sobre los cuales la punta de la lengua solía deslizarse para humedecer una sonrisa ambigua, era imposible no quedar clavado en el centro del local, con la cabeza en llamas y la bolsa temblando entre los dedos.

Encaramada en las alturas de aquel pedestal, su melena cobriza, suelta a lo largo del cuello, me daba la impresión de un animal dormido. Y cuando se inclinaba, extendiendo la mano para darme el vuelto, su brazo, cubierto de un vello dorado describía una curva, qué digo, una elipse maravillosa, antes de que sus dedos, cortos pero con carácter, se arquearan hacia abajo con el meñique en alto, para depositar las monedas, tibias y fragantes, en mi palma acalorada. Un movimiento aparatoso, lo reconozco, pero el espectáculo de su escote volcándose hacia adelante compensaba ampliamente lo absurdo del gesto. Confieso que por Tiny soporté que mis amigos se apostaran delante del almacén y gritaran ¡Manu tiene novia!, ¡Manu tiene novia!, cada vez que yo salía con cara de embobado.

Mi primo, quizás el único que entendía un poco mejor mis sentimientos, apenas me veía llegar a la finca embriagado por los efluvios de la hija de Baichuck, me daba un empujón en el hombro, de esos que implican una cierta complicidad y, antes de que mamá empezara a protestar por mi tardanza, me ayudaba a vaciar las bolsas en la cocina e íbamos al establo, a echarle una mano a los peones, hasta la hora de cenar.

Ella me ignora por completo, rezongaba yo y él, con aires

de hermano mayor, me decía porteñito, metete en la cabeza que por largo o difícil que te parezca el asunto, en algún momento se terminará fijando en vos. Y a pesar de que me llevaba apenas un año, ahí no más se mandaba una anécdota de lo que él describía como su “vasta experiencia con las mujeres”.

Lo bueno era que la hija del polaco, convertida en única meta de mis ardorosas expectativas de adolescente, me hacía olvidar la frustración de haber dejado Buenos Aires, mi colegio y la barra de amigos. Soñaba despierto con la parte visible de su cuerpo, lo estatuario, digamos. Imaginaba que sus piernas, ocultas detrás de los paneles de la caja, eran largas y delgadas y estaban envueltas en lo que para mí era la esencia misma de la lujuria: un par de medias negras y transparentes. Y gracias a que mi primo y yo habíamos logrado colarnos en el Metropól de Chivilcoy, para ver “Vestida para matar”, a la ilusión de las medias negras y transparentes se añadió la posibilidad de que usara un portaligas como el de Nancy Allen, en la película.

Los meses se arrastraron, como cada vez que uno espera algo con ansiedad. La fiebre de mis catorce me tenía en un sube y baja de emociones hasta que al fin, a medio camino entre abandonar toda esperanza o lanzarme a la conquista, tomé la decisión de encararla antes de que los primeros fríos la obligasen a cubrir con prendas más pesadas el magnífico panorama de su escote. Así fue como una mañana de marzo me jugué el todo por el todo. Junto a los centavos del kilo de azúcar que me habían mandado comprar, deslicé la nota que venía ensayando desde hacía un tiempo. Con una letra clara, que intentaba ser firme y varonil, le puse: “¿Cómo te llamás? *Mi nombre es Manuel, y te aviso que sos lo más lindo que vi en la vida.*”

Durante la semana que siguió evité pasar por el almacén. No porque estuviese arrepentido de haber escrito lo que había escrito, sino por temor a que don Baichuck echara mano de la escopeta de dos caños que colgaba de un gancho al final del mostrador.

Regresé un viernes. Tenía que retirar unas cinchas que mi abuelo había encargado para el overo, y recibí, además del paquete, un papel doblado tan chiquito que me costó abrirlo. Decía: *“Me llamo Tiny, y vos no sabés lo que decís.”*

Incapaz de entender si esas palabras eran de aprobación o rechazo, al día siguiente, aunque no tenía ningún mandato que hacer, fui de nuevo al almacén. El pretexto era averiguar el precio de un recado, y me tiré el lance con una segunda nota. *“Sé muy bien lo que digo cuando digo que sos linda. Y para mí, Tiny es solo un apodo. ¿Cuál es tu verdadero nombre?”*

Como don Baichuck me seguía mirando torcido, esperé hasta el otro sábado. El papel que vino con dos monedas y el ticket por un kilo de yerba, decía *“Tiny es mi verdadero nombre, quiere decir pequeña en polaco.”*

La brevedad telegráfica no hacía más que confundirme. Calculé que al ritmo que íbamos pasarían años hasta que pudiera concretar algo con ella. Después, hablándolo con mi primo, me dijo que algunas chicas se hacían las difíciles a propósito, que las más vuelteras al final solían ser las que primero aflojaban, y afirmó que, según su entender, la hija de Baichuck estaba a punto de darme bola. Nada era seguro, pero traté de aferrarme a su consejo.

Las horas en el colegio se me hicieron densas y aburridas, igual que el trabajo en la finca y las cabalgatas con mi primo. Lo peor era cuando pasaban días sin que nadie me encargara

algo del almacén y tenía que echar mano de cualquier clase de artimaña para poder volver. Así logré que una tarde mi madre me enviara a comprar filtros para el café, que se habían esfumado misteriosamente de su aparador.

Baichuck estaba charlando con un cliente en la vereda y apenas me vio entrar hizo una mueca de disgusto. Tiny, en cambio, me recibió con una gran sonrisa. Era la primera vez. “*Querés venir al río el domingo*”, decía la nota que le entregué con el dinero. “*Al río no puedo ir*”, escribió ella al pie.

Viendo que el polaco seguía entretenido en la puerta, me animé a decirle por lo bajo que si no la dejaban venir al río, pidiera permiso para ir a dar una vuelta por la plaza.

Repentinamente seria, suspendió una mano en el aire como para hacerme callar, miró hacia los costados con cara de espanto y susurró “Te juro que eso tampoco es posible”.

De la bronca, dejé los filtros sobre el mostrador y agarré la calle a los piques. Los puños apretados en los bolsillos, fui pateando una bola de plátano que se terminó deshaciendo en una nube de pelusas, igual que mis ilusiones. Soy un tarado, fui repitiendo entre dientes mientras arrastraba mi furia por los pastos de la banquina, y los dos kilómetros hasta la finca se me hicieron veinte. Pero al llegar a la curva del camino de tierra, fue avistar el gallo de la veleta girando sobre la chimenea para que, sin pensarlo, diera media vuelta y regresara corriendo al pueblo.

Baichuck había entrado, acomodaba unas bolsas de carbón en el fondo del local. “Te olvidaste los filtros”, dijo Tiny casi alegre. Y yo, embalado, sin siquiera mirarla, arranqué un pedazo del rollo de papel de estraza con el que envolvían las galletas, anoté mi teléfono seguido de un “*llamame a este número*”

por favor”, y lo apoyé ruidosamente sobre la bandeja de estaño de la caja, sin importarme que Baichuck oyera.

Tiny lo leyó disimuladamente, escribió en el reverso y, como dudando, me lo devolvió junto a los filtros. *“El teléfono no anda. Esta noche, a las diez, detrás del almacén. Segunda ventana a la izquierda.”*

Por poco salto el mostrador y la beso. Guardé el papel en el bolsillo y partí silbando bajito. Al fin se me había dado. Mi primo tenía razón. La preciosa, la sugestiva Tiny no escapaba a las generales de la ley, se había dado el lujo de tomarse un tiempo para llevarme el apunte.

Feliz de la vida, haciendo todo tipo de proyectos, emprendí el regreso a la carrera y llegué a la finca con el corazón estallándose en la garganta.

Dónde anduviste que venís así de agitado, preguntó el abuelo al verme pasar como un bólido delante de él. Andá a lavarte la cara que estás hecho un asco, chilló mamá y yo, tratando de ocultar la emoción, devoré todo lo que me pusieron en el plato, aun las lentejas que aborrecía y apenas terminé el último bocado, fui a sacar la bicicleta del galpón y salí disparando al pueblo, con la excusa de haberme olvidado unos apuntes en lo de un compañero.

Eran las nueve y media cuando agarré la ruta. Bajo el cielo que comenzaba a encapotarse, los campos olían a sábana recién planchada. Es como si el perfume de Tiny viniera a mi encuentro, recuerdo que me dije en voz alta, mientras, exultante y con la camisa abierta, pedaleaba a toda velocidad.

Casi sin darme cuenta llegué a las primeras columnas de alumbrado de la calle principal. Una cuadra antes del almacén reduje la marcha y me escurrí por el callejón lateral. Faltaban

ocho minutos para las diez. Dejé la bicicleta apoyada en un árbol para que las ruedas sobre el pedregullo no alertaran a Baichuck, y caminé en puntas de pie hasta la parte de atrás del edificio.

Ni grillos ni lechuzas. La noche era puro silencio, un silencio de esos que uno preferiría llenar de barullo para no oír los latidos del corazón. La ventana que Tiny me había indicado estaba a cierta altura del suelo, bastante por encima de mi cabeza. Un resplandor se filtraba a través de las celosías proyectando rayas oblicuas sobre la pared del garaje, donde dormía la F100 roja de Baichuck, una reliquia de los sesenta que yo admiraba y que el polaco sacaba solo de vez en cuando.

Aguardé un rato largo a que las luces se apagaran y después otro tanto hasta que Tiny se asomó por la ventana. Llevaba puesto un camisón con florcitas celestes y en la oscuridad me pareció todavía más linda que a plena luz del día.

Petrificados, nos miramos apenas un instante y en seguida desviamos los ojos, como si fuera imposible esconder el susto fenomenal que nos embargaba. Y fue en ese instante que, a falta de palabras, tuve la extraña premonición de que mi vida iba a cambiar para siempre.

—¿Cuántos años tenés? —pregunté por preguntar.

—Estoy por cumplir diecisiete —dijo, como disculpándose.

No sé qué cara habré puesto porque susurró: —¡Igual, entre amigos, no importa la edad!

—Obvio —dije, poniéndome entre los labios el cigarrillo que había tenido la precaución de sacarle a mi viejo por si necesitaba fingir aplomo. Me temblaban las manos.

—¿Vos creés en la amistad entre mujeres y varones?

Su pregunta sonaba a afirmación así que preferí, al menos en ese aspecto, ser sincero.

–Nunca pensé en ese asunto –dije.

–Deberías... –me dedicó una sonrisa calma, amplia que dejó al descubierto unos dientes chiquitos, puntudos, que parecían de leche.

–¿Quieres fuego? –soltó de repente, y yo, fascinado, tuve la impresión de que su voz bajaba directo de la luna, una luna en cuarto creciente que surgía de a ratos entre las nubes, poniéndole un ínfimo paréntesis al cielo negro.

Luego se alejó de la ventana. Se oyeron ruidos en el interior de la habitación, puertas que se abrían, chirridos como cuando se camina con zapatos de goma sobre un parqué encerado. Pensé que si seguía haciendo bochinche su padre iba a terminar descubriéndome bajo la ventana.

Reapareció con un encendedor Zippo. Se inclinó hacia abajo, extendió el brazo, me sacó el cigarrillo, se lo puso entre los labios, lo encendió, soltó una larga bocanada de humo gris y, arqueando los dedos como solo ella sabía hacerlo, me lo devolvió.

–Mis padres fueron grandes amigos... –suspiró– pero como mamá murió de parto..., mi tía, la de Córdoba, se hizo cargo de mí hasta que papá, no sé si por soledad o conveniencia, me vino a buscar hace unos meses. No sabés cómo extraño a tía Elvira...

Al hablar, sus hombros subían y bajaban dentro del camión como si cada palabra le costara un esfuerzo.

–Papá nunca se casó con mamá, pero la tía dice que igual se quisieron mucho, no sé si me entendés.

Entender, entendía pero la historia de sus padres me importaba tres pitos. Yo quería que me hablara de ella, de lo que le gustaba, de lo que quería ser.....

—Casi no te oigo —dije apagando el cigarrillo sin fumar. Levanté los brazos, tensé las manos, traté de aferrarme al reborde de la ventana y, clavando la punta de mis zapatillas en una pequeña saliente en la pared, logré subir a su altura.

Fue cuando ella, como esas muñecas a resorte que saltan de una caja, se apoyó sobre los codos y sacó medio cuerpo afuera.

—Dejá, mejor me asomo yo —dijo con cara de susto y acercó su boca a mi oído.

—Te decía que mis padres nunca se casaron...

El olor a manzanas de su pelo azotó el aire, su aliento tibio me rozó la mejilla y mis dedos, aferrados al marco de la ventana, recibieron el suave contacto de sus pechos.

Sin embargo, apenas logré articular: —Dale, por favor, vení acá afuera conmigo —se echó bruscamente hacia atrás.

—Te juro que no puedo —dijo, como si el “no puedo” fuese la única muletilla aceptable en su vocabulario.

—¿Tanto miedo le tenés a don Baichuck?

—Mi padre no tiene nada que ver... Es otra cosa...

—¿Qué cosa?

—No puedo decirte, no entenderías —dijo imperturbable y cerró bruscamente la ventana.

Los dedos acalambrados, las rodillas en carne viva, me dejé caer hacia abajo, retrocedí unos pasos y esperé. Mi primo se había quedado corto al decir que algunas chicas se hacían las difíciles.

En el horizonte zigzagueaban relámpagos plateados que iluminaban el cielo. Entre sus flashes surgía la silueta fantasmal de los árboles, pero no iba a regresar a la finca sin haber logrado mi objetivo.

Ni el frío de las primeras gotas ni el chaparrón que se desató más tarde me hicieron desistir. La luz en la ventana de Tiny seguía encendida, y esperé. No sé cuánto tiempo esperé bajo la lluvia.

Cuando amainó el aguacero, intenté treparme de nuevo. Las cortinas estaban cerradas, la pared resbalosa, pero logré dar unos golpecitos en el vidrio, y abrió.

—Dale, no seas zonza, si no quieres que entre, saltá que yo te atajo y nos vamos al garaje. En la camioneta de tu padre nadie nos va a molestar. Vení, así me aclarás eso de la amistad entre el hombre y la mujer...

Ni que le hubiese pedido que se tirara a un foso lleno de serpientes. La cabeza gacha, los ojos llenos de lágrimas, se echó para atrás. Era un disco rayado: —No puedo, Manuel, te juro que no puedo...

Las cortinas, movidas por la brisa húmeda, me traían oleadas de su perfume.

—Por favor... Me gustás mucho —dije en un último intento, mientras mis manos empapadas se iban resbalando.

Y cuando estaba a punto de dar un salto hacia atrás porque ya no lograba sostenerme, ella, como si despertara de no sé qué ensueño, volvió a asomarse, esta vez un poco más y, mirándome de una manera bestial, se desabotonó el camión, sujetó con fuerza una de mis manos y con ella se acarició la cara, el cuello, los pechos.

Al primer contacto, mis dedos tuvieron la sensación de bailar sobre una seda tibia, y apenas me condujo a la zona erizada de los pezones creí que iba a caer fulminado. Volcada hacia adelante, el camión caído, los hombros y la cintura al aire, Tiny aferraba mi cuello con las dos manos, procurando man-

tener mi cabeza cerca de sus pechos, mientras yo, jadeando de calentura y agitado por el esfuerzo, me refregaba en esos pezones duros como carozos de aceituna.

Entonces, ciego de impaciencia, creyendo que en su cuerpo iba a encontrar de todo, como en el almacén de ramos generales, no pude pensar en otra cosa que tomarla entre mis brazos, y cometí el error de zambullirme de cabeza en su habitación.

Mi abuelo solía decir que crecer es como una ducha fría sobre la piel caliente, que la vida es un imprevisto que nada tiene que ver con la idea romántica que uno se ha hecho de ella. Pero creo que lo mío fue como estamparse contra un muro a doscientos kilómetros por hora.

De la cadera para abajo, el cuerpo de Tiny se resolvía en dos muñones violáceos, ceñidos a correas que la sujetaban a una plataforma de metal sobre una silla de ruedas.

No logro explicarme cómo, después de haberla dejado desnuda entre los fierros que la sostenían, después de haber huido cobardemente, pude hacer a un lado la vergüenza, la culpa y el desconsuelo. Lo único que sé es que todavía hoy, cada vez que pienso en ella, recuerdo su delicioso perfume.

LA GERMINACIÓN DEL POROTO

Debería de estar contenta, bien contenta, lo sé. No hacerme malasangre ni andar llorando por los rincones a causa de algo que, después de todo, no es mi culpa. Tengo claro que sería mejor sentirme afortunada. Pero, para que se entienda por lo que estoy pasando, explicaré con lujo de detalles cómo se fueron dando las cosas.

En un principio, después de la fiesta de casamiento, después de la luna de miel, el primer año digamos, no estaba para nada desesperada. Es más, ni pensaba en el asunto. Fue después cuando me puse mal, cuando empezó a pasar el tiempo sin novedades... En fin, sin novedades es mentira, novedades había, pero siempre tan desalentadoras que daban ganas de morirse. Encima con los ojos de la familia puestos en una. Y las preguntas solapadas, los sobreentendidos, las miradas de lástima...

Hubo momentos en que me decía para qué sigo esperando algo que quizás nunca va a suceder. Un año, dos, cinco, vaya y pase, se aguanta, se tolera, pero quince... Quién aguanta quince años para cumplir el sueño de formar una familia, sin contar los manoseos, porque para manoseos los del hospital fueron mandados a hacer.

El primer médico que me vio aseguró que todavía era joven, que era cuestión de tiempo, que tuviera paciencia, que las cosas se iban a dar con total naturalidad.

El segundo me dijo que apenas terminara la tonelada de hormonas que me había recetado, nos embarazábamos seguro.

Durante ese maldito tratamiento me hinché como un sapo y me llené de pelos, tantos que hasta bigote me salió. Llegué a un punto en que no solo estaba inflamada, nauseosa y afligida, sino que vivía con el terror de perderlo a Coco. Me puse a pensar que se iba a cansar de mí o que se buscaría una mujer más joven, más linda, menos problemática, qué sé yo... Vivía con un miedo inexplicable.

Es como ir a la cama con tu viejo, me dijo una noche acariciándome el labio superior, y yo, ofendida a muerte, meta ponerme cremas, ungüentos y corrector de ojeras para tapar la insidiosa sombra que volvía a aparecer cada semana. Igual, fuera de ese chiste malvado, se la bancó como un rey. Nunca protestó por tener que dejar el trabajo y venir corriendo a tener relaciones en cualquier momento y lugar. Decía que eso era lo que más le gustaba del tratamiento. Un fanático del sexo, el Coco.

Los resultados fueron nulos. Cada nueva menstruación era como si me arrancaran las tripas a mordiscones. Entonces me agarraba la locura de la limpieza: lavaba cortinas, ordenaba placares, cambiaba los muebles de lugar, pintaba las sillas de jardín, hacía conservas... Cualquier cosa con tal de no pensar. Y aunque de noche caía rendida, sin las mínimas ganas de hacer el amor, solo así dejaba de mortificarme con el asunto.

El Coco me decía juntate con tus amigas, andá al cine, salí un poco de estas cuatro paredes, nena, o te vas a enfermar. Lo intenté, juro que lo intenté, pero mis amigas ya tenían hijos, horarios estrambóticos, actos en el colegio, actividades que las obligaban a estar de acá para allá, y solo tenían tiempo para quejarse por facebook, mientras yo, muerta de envidia, sopor-

taba sus lamentos. Dejate de joder, Lauri, me decían, feliz de vos que no tenés chicos... Vas a ver que cuando tengas te vas a arrepentir. Cosas por el estilo me decían y a mí me daban unas ganas locas de mandarlas a freír churros, como quien dice, pero las aguantaba porque, por otro lado, también me hacían toda suerte de recomendaciones: andá a ver a fulano, consultá con mengano, llamá a zutano de mi parte... Una lista eterna que incluía extrañas dietas, visitas a curanderas, velas a los santos, yoga y meditación. Nada que yo no hubiese leído, probado y practicado en algún momento, por lo cual les decía que sí y en seguida trataba de olvidar sus consejos. Sin embargo, por más que uno las quiera borrar, las palabras van haciendo camino y llenan la cabeza de dudas.

Así fue como caí en manos del tercer ginecólogo, un profesor que me recomendó mi cuñada y que, sin siquiera revisarme, dijo que apenas lograra juntar el monto para una fertilización in vitro —que no se practicaba en el hospital sino en su clínica privada—, lo menos teníamos trillizos.

La cuestión fue que, después de toda clase de sacrificios y privaciones, después de ahorrar dólar sobre dólar, una vez abonado el correspondiente arancel y practicada la estimulación ovárica, todavía hubo que esperar la fecha exacta de la siguiente ovulación, luego preparar el campo para el cultivo de embriones, hacer la selección de los mismos (los médicos parecían chacareros discutiendo una siembra) y, por fin, cuando me dieron fecha para hacer el implante, se salieron con el verso de que “la escasa movilidad de los espermatozoides había impedido que se produjera la división celular”. Tan duro me cayó que me lo aprendí de memoria. Total, que el Coco y yo, ni trillizos, ni mellizos, ni nada.

Dijeron que había que empezar todo de cero, incluido el correspondiente arancel. Yo, deshecha en llanto, no logré articular palabra. Me derrumbé en uno de los sillones del consultorio, los ojos clavados en un cuadro de la Madonna con el niño en brazos y con ganas de tirarme por la ventana de aquel piso 20, en plena Recoleta.

Coco, se plantó de una. Le dijo al médico que estaba podrido de tanta maniobra inútil, y que, más allá de carecer del dinero suficiente para repetir el tratamiento, no quería saber nada de volver a juntar esperma en un frasquito. Dijo que ese trámite de maricones lo bloqueaba a más no poder, hasta habló de la voluntad de Dios, él, que no pisaba una iglesia ni que lo apuntaran con un revólver... Y, con la firme intención de no regresar, me sacó de allí poco más que en andas,

Una vez en casa, trató de hacerme entender que si no podía quedar embarazada por algo era, que a lo mejor él tampoco había nacido para ser padre, que en la vida los hijos no resultaban ser un artículo de primera necesidad –hay que usar ese término para hablar de un hijo–, y que, de tenerlos, si salían parecidos a los de su hermana, era como para pegarse un tiro en las bolas. Así de bestia para decir las cosas, el Coco. Sin embargo, agregó, te sigo queriendo como mujer, como la hembra sensual que fuiste antes de que se te metiera en la cabeza eso de ser madre, y agregó que una maternidad a los empujones terminaría llevándome a la locura.

A partir de allí, tuvimos un período de caras largas y peleas fenomenales hasta que, al fin y de común acuerdo, resolvimos no hablar más del asunto y me fui conformando con la idea de ser una familia de a dos.

Vinieron entonces meses de bienestar: el Coco, cada vez

más enamorado, me traía flores, me llevaba a cenar afuera, me decía cosas lindas. Teníamos nuestras discusiones, no lo voy a negar, pero se solucionaban con encuentros de lo más románticos, hasta planeamos ir a pasar unas vacaciones a la Cumbrecita. Mi humor fue mejorando, ya que, al dejar las hormonas adelgacé unos cuantos kilos y, para ese entonces, había descubierto que tenía mano verde. Pasaba horas en el jardín haciendo toda clase de plantaciones y almácigos donde crecían chauchas, arvejas, tomates y albahaca y, bastante plena con el perrito caniche que el Coco me había regalado para mi cumpleaños, fui encarando el futuro de otra manera.

Ese estado de cosas duró hasta que una amiga me invitó a tomar el té y, como quien no quiere la cosa, dejó caer en la conversación que había llegado al país Valdemar Menéndez, un médico cubano, una eminencia en fertilidad, un genio que, sin in vitro ni hormonas, había logrado el embarazo de una mujer de cincuenta años. Un verdadero milagro, sentenció mi amiga, mientras cortaba el budín de mandarinas que le había llevado. Yo, completamente cerrada a ese tipo de comentarios, hice como que no la había oído, pero insistió. Entonces tuve que confesar que habíamos renunciado a la idea de ser padres, que así andábamos muy bien y que no estaba dispuesta a reanudar fatídicas peregrinaciones al hospital.

No se hable más, dijo, y se puso a hablar de sus hijos, mis sobrinos postizos, según ella unos plomos, unos sinvergüenza, pero adorables, y no hubo ningún otro comentario.

El asunto fue que otra vez las palabras hicieron su camino y, una semana más tarde, bien llamada y con todos mis estudios, fui a ver al cubano.

Lejos de parecerse a Fidel Castro como lo había supuesto,

el médico era un mulato simpático y tan buen mozo que hasta pensé que iba a sentir vergüenza de desvestirme. Después de leer los informes que le había llevado, después de un cuestionario básico, sin siquiera practicarle un tacto u otro tipo de maniobra, concluyó que debíamos ser un típico caso de pareja disfuncional: ambos fértiles, salvo que cada uno por su lado. Incompatibilidad orgásmica, me soltó sin que se le moviera un pelo. Y me recomendó que buscara un donante de esperma.

¿Yo solicitar un donante...? Era como si después de todo lo que habíamos pasado, lo ninguneara al pobre Coco. Como si le dijera amorcito, ya que vos no me servís, voy a buscar a otro que me germine. Porque en definitiva, según el cubano, el asunto venía a resultar como la germinación del poroto.

Óigame, bonita, me había dicho, esto es de lo más sencillo: cualquiera que pone una semilla entre algodones, la cuida y la riega bien, al tiempito, puf, una regia planta... La cosa es que si la semilla es mala, se pudre todo. ¿Me comprendes, chica?

Yo entendía, claro que entendía, pero a mí no me daba la cara para explicarle eso al Coco. Y cuando le comenté al cubano qué tipo de persona era mi marido, se emperró en querer hablar con él de una terapia de pareja, un tratamiento que le hiciera ver su grado de egoísmo. Ahí se me subió la mostaza, lo reconozco. Por eminencia que fuera, no le iba a permitir que se metiera con el Coco. Así que, verde de bronca, le dije que mi marido sería lo que sería con eso de la paternidad, pero que para todo lo demás era un tipo fenomenal, el más bueno del mundo, y que yo lo amaba con el alma.

Tan seria me puse que me miró de arriba abajo, me tomó de los hombros y acercando su cara a la mía dijo que quizás había otra solución: una cura de sueño.

–Querida niña –me encantó que me llamara niña a los cuarenta–, tú debes entender que tantos años de ansiedad acumulada, también pueden impedir una correcta gestación–. Y, dándome una palmadita en la espalda, agregó: –ánimo, mami, hay que relajarse, la prueba será totalmente gratuita y aquí te daremos lo que necesitas. Bastarán dos días y una noche. Eso sí, apenas terminemos, tú vuelves a casa y buscas tener sexo con tu marido lo más rápido posible, ¿entendido?

Qué podía perder: gratis, sin jeringas, hormonas o dolorosos exámenes, no iba a negarme a pasar dos días de descanso en el hospital...

Por supuesto que al Coco le inventé que iba a visitar a mi tía Chola, en San Antonio de Areco. Elegí a la tía Chola porque es la anticuada hermana de papá, que no tiene teléfono ni internet.

No hubo problemas de ninguna clase, salvo que Coco insistió en llevarme a la terminal de ómnibus, pero por suerte se fue antes de que llegara el micro y yo, llena de emoción, pude correr a buscar un taxi para ir al hospital.

Me aseguré de regresar a casa cuando Coco estuviese en la oficina. Me había comprado un precioso conjuntito de ropa interior y así lo esperé. Cuando me vio tendida en la cama con el corpiño y la tanga de encaje negro, por poco me salta encima.

–No sabés cómo te extrañé, Lauri –me dijo, e hicimos el amor como nunca.

Yo, llena de expectativas, él encantado de que lo esperara cada día con algo nuevo, todo andaba sobre rieles, casi mejor que una luna de miel.

El drama fue dos meses después, cuando lo recibí exultante con un *Evatest* positivo. Se puso tan pálido que creí que se iba a desmayar. Mudo se quedó. Ni siquiera un beso o un abrazo. Nada. Yo meta preguntarle qué te pasa, amor, qué te pasa, y él duro. Se dio media vuelta, fue al dormitorio, llenó un bolso con algo de ropa y, sin siquiera despedirse, se marchó pegando un portazo.

Desaparecido del trabajo, borrado de la casa de sus padres, bloqueado el celular, no supe nada de él hasta ayer, que fui al hospital para el monitoreo del octavo mes y, de pura casualidad, me enteré por una de las enfermeras que al Coco le habían hecho una vasectomía, dos años atrás.

—¡Una suerte que optaras por el método de insuflación de esperma que te practicó el doctor Valdemar Menéndez...!
—dijo la enfermera, conectándome los sensores. Desde entonces no paro de llorar.

DIARIO DE A BORDO

...**día trigésimo:** Hoy amanecí con el cuerpo entumecido. Hace treinta días que estamos navegando. Treinta enormes días en que no vemos la luz del sol. Me encantaría saber a quién se le ocurrió eso de que la mujer debe seguir al marido a donde sea. “Juntos hasta que la muerte los separe”, háganme el favor... Nunca pensé que llevar toda una vida en pareja sería esta pesadilla.

A mí, esto de la náutica nunca me hizo ninguna ilusión, pero a él, cuando se le mete una idea en la cabeza no hay quien se la quite. Martilló, ensambló y calafateó durante meses esta especie de navío y cuando lo terminó, ni siquiera tenía fuerzas para echarlo al agua. Es un verdadero armatoste: más de cien metros de largo, veinte de ancho y como catorce de altura... Tres niveles, le ha hecho. Los mismos muchachos le dijeron “papá, no te parece que se te fue la mano”, pero él, nada. Testarudo como siempre, siguió adelante. Después, se vio obligado a esperar las primeras lluvias y la consabida creciente para que el suelo embarrado fuese más propicio y así, con la ayuda de todos los vecinos, poder empujarlo hasta el río.

Y acá estoy. Harta de cocinar, porque “el señor” no fue capaz de avisarme que también vendrían nuestros tres hijos con sus mujeres que, dicho sea de paso, son flor de vagas y se levantan a cualquier hora. “¡Preciada juventud!”, dice él con su eterna filosofía de llevarme la contraria. Tampoco me aclaró que su experimento comprendía traer un montón de bestias,

mucho menos que iba a colgarme los dos jaulones con palomas y gallinas en el pequeño recinto que me tuve que acondicionar, sola mi alma, para preparar las comidas. Me encuentro rodeada de una sarta de inútiles y de un tropel de bichos que, en tierra, pasaban inadvertidos pero que, a bordo, me ponen los pelos de punta.

Día trigésimo primero: Se largó un aguacero que no ven ni los cordeles de popa. Estamos metidos adentro, en medio del chillido de las aves, el olor a perro mojado y a excrementos. Acá abajo, la humedad es insoportable, ni hablar de las cucarachas; afuera, no hay más que desolación y tristeza. Por donde uno mire todo es agua, turbiedad, un continuo vaivén de nubes negras que se enciman a las grises... Los valles se han convertido en marismas, no se ve una sola mariposa, ni se oyen los zorzales que alegraban las tardes con su canto. Sin embargo, mi marido está afuera, hecho sopa, aferrado al timón, y silba alegremente, como si hubiera un sol radiante. Voy a pelar unas papas, creo que haré un guiso. A la esposa de nuestro hijo mayor, que vomitó toda la mañana, le voy a hacer un puré. Lo único que faltaría es que esté preñada.

Día trigésimo segundo: Anoche, al fin, se ve que asustado por mis maldiciones, él se dignó a dirigirme la palabra. Me pidió que le viera el lado bueno a la cosa, dijo que al menos por una vez hemos salido juntos y en familia, alejados de la codicia, la degradación y el odio que reina en el pueblo, pueblo que, según él, va derecho a la perdición, pero yo, demasiado cansada para seguir oyendo estupideces, lo dejé hablando solo.

Ahora flotamos a la altura de la copa de los árboles. Amainó un poco el temporal pero redobló la creciente. Es inaudito lo

que subió el agua en estos días. De las montañas sólo asoman las cúspides. Y aunque quisiera confiar en las lindas palabras de aliento de mis hijos –palabras de su padre que repiten como loros– la verdad es que no creo que el tiempo mejore un pepino y la ropa sucia se me sigue amontonando.

Día trigésimo tercero: Hoy no sé qué voy a hacerles de comer. Todo el mundo anda descompuesto. Hay una crispación solapada, una inquietud latente que nos obliga a escondernos los unos de los otros, como si fuéramos animales acorralados. Una suerte de claridad remota indica que estamos a mitad del día, pero parece de noche. La cerrazón que viene llegando del norte trae nubes de mosquitos. Los relámpagos desgarran el cielo, los truenos aturden a lo lejos. Como será de grande el constante rumor que crece, asciende, invade, que los muchachos, arrodillados en proa, se han puesto a rezar. Mi consorte, se diría que satisfecho de descubrir alguna veta espiritual en los chicos, dirige las plegarias con su eterna actitud de patriarca, pero bien que otea el horizonte de reojo. Seguro que debe de estar afligido. ¡Que se jorobe! Tendría que haberse cerciorado del pronóstico del tiempo antes de embarcarnos en semejante periplo. Lo mejor sería que se dejara de embromar con su idea del gran viaje purificador, como a él le gusta llamarlo, y peguemos la vuelta.

Día trigésimo cuarto: El día se me hizo eterno. Repartí lo mejor que pude los restos del mediodía pero nadie tenía apetito. Acabo de lavar una enormidad de cacharros. No tengo idea de dónde estamos. Por momentos la correntada nos arrastra a toda velocidad. El gran danés, el san bernardo y los dos chihuahuas ladran sin parar; mis nueras lloriquean y maldicen

la hora de haber venido. Hace un rato tuve que atar las lámparas porque, en uno de los últimos sacudones, perdimos la gran antorcha de proa. Aprovecho a escribir esto antes de que se consuma la vela y mi esposo baje a echarse sobre la estera conmigo. Juro que si esta noche pretende algo de mí, me haré rotundamente la dormida.

Día trigésimo quinto: Los truenos y los relámpagos volvieron a confinar a los cuatro perros bajo la mesa. Yo también quisiera acurrucarme con ellos para no oír la tempestad y el continuo golpeteo de los desperdicios que se arremolinan contra el casco. Trato de no pensar que el barco se puede ir a pique, porque no sé nadar. Extraño mi casa, los rosales, la parra de uva chinche. ¿Quién le habrá metido a este humilde labrador la peregrina idea de largarse a navegar? Y por más que me hable de un mandato divino, por más que repita que la orden le llegó de arriba, no veo por qué nos arrastra a cumplir esa orden con él.

Por suerte, hace un rato el viento dejó de soplar, la lluvia se convirtió en llovizna y pude subir a cubierta. No diré que a disfrutar del paseo, simplemente a tomar aire. El cielo plomizo se ve plagado de caranchos que vuelan en círculos, en busca de carroña. El estiércol acumulado se escurre por las tablas del piso y vivimos a los resbalones; ni modo de baldear, al menos hasta que cambie el clima. Hoy, sin falta, lavo la ropa. Ya veré dónde diablos la cuelgo.

Día trigésimo sexto: Amaneció caluroso y húmedo. La espalda me duele cada vez más. Ojalá tuviera a mano el ungüento de aceite de ajedrea con aloe y grasa de cerdo que mi madre solía ponerme de chica, cuando me daban calambres.

Se acabaron los mosquitos pero ahora son diminutos jejenes los que se nos meten por las hendidias a todas horas. Como estamos llenos de ronchas, a mi hombre se le ocurrió encender una fogata para espantarlos. Claro que, con las ramas mojadas que fue cortando a nuestro paso, el fuego tardó una eternidad en prender. La humareda que produjo se expandió a cien metros a la redonda y yo, que tenía la ropa oreando en una soga tendida de popa a proa, tuve que correr a apilarla en la cabina para que no tomara olor. Si bien estoy acostumbrada a los extraños inventos de este hombre, creo que lo de la fogata fue un completo desatino. Ya mismo le voy a exigir que la apague. A ver si todavía nos incendia la nave.

Me ignoró. Se rascó la panza mientras bebía su maldita infusión de corteza de acacia y cuando le señalé que su abdomen había tomado dimensiones increíbles, respondió: “Son los nervios, mujer”. ¿Los nervios? Serán los restos de guiso frío que se levanta a comer a escondidas, a mitad de la noche.

Día trigésimo séptimo: Ya no quiero asomarme por la borda. Esta madrugada, cuando me desvelé, me pareció que un cadáver flotaba entre los camalotes. Más tarde, en pleno día, con un poco más de luz observé claramente que eran miembros amputados los que pasaban enganchados en las ramas y en las zarzas. Tuve unas nauseas insoportables. Me siento mal, muy mal. No se divisa ningún tipo de relieve. Todo se mueve, todo chirría, todo huele a podrido. Nunca he visto semejante inundación. Me pregunto qué habrá sido de mi huerta y cuánto van a tardar los campos en recuperarse. Al padre de mis hijos esto no parece preocuparlo. Es como si todos los horrores que vemos durante nuestro trayecto lo tuvieran sin cuidado.

Sus ojos se posan sobre el paisaje como si vieran el mismísimo paraíso. ¿Está ciego o será que alucina? No. Qué va a alucinar... A él lo único que le importa es cumplir con su ridícula empresa. ¡El desafío de mi vida!, dice. ¡Por favor, qué tontería!

Día trigésimo octavo: No sé qué vamos a comer de ahora en más. Se están acabando las provisiones. Y eso que, antes de partir, le pregunté si lo que llevábamos iba a alcanzar y él, con esa soberbia, con esa calma tan suya, se acarició la barba y me respondió: “Alcanza, mujer, alcanza”. Y acá estamos, sin miras de llegar a ninguna parte y comiéndonos las últimas reservas. La vaca dejó de dar leche y las gallinas no han puesto un solo huevo desde que zarpamos; las entiendo, con semejante zaran-deo... Si mañana no tocamos tierra, sacrificaré a la colorada para hacer un pucherito.

Día trigésimo noveno: Apenas atiné a sacar la colorada de la jaula, él se puso como loco: ¿Qué haces, mujer? ¡Las especies en extinción no se tocan!” ¿Especies en extinción, las gallinas? Qué se cree. ¿Pensará que vamos a hacer ayuno mientras él contempla las tinieblas? ¿Imaginará que terminaremos agradeciendo su genial idea de haber construido el barco infecto en el que nos tiene cautivos? Y que le quede claro: mañana, no pienso inventar ninguna receta para transformar en alimento los cadáveres que pasan flotando, como acaba de sugerirme hace un rato, sosteniendo, además, que la carne humana es igualita a la del cordero. ¡A otra con ese cuento!

Día cuadragésimo: Hace un rato, ya francamente agotada, lo encaré: ¡Escúchame bien, le dije, tengo las manos a la miseria, los huesos triturados, el estómago hecho un trapo; en una palabra, estoy reventada! ¿Me entiendes? ¡Si no me dices lo que

ocurre, si no me explicas quién cuernos te mandó llevarnos al suicidio, me subo al primer tronco que pase y me vuelvo a casa!

Él se me quedó mirando como si me viera por primera vez y, después de una pausa que se me hizo eterna, cerró los puños, apretó las mandíbulas y pronunció, qué digo, mordió mi nombre: ¡Naama! Fue lo único que alcanzó a decir, el muy bruto. Justo en ese momento se produjo un tremendo cimbronazo, y encallamos.

Ha parado de llover, el silencio es espeluznante. Una sospecha de luz asciende por el horizonte. Desde cubierta observo este retoño de aurora, este fuego negro que se refleja en el agua con estrépito, acentuando el vacío que nos rodea. Mi esposo, de rodillas al lado del timón que gira sin sentido, implora con los brazos en alto: ¿Jehová, qué debo hacer ahora? Ninguna respuesta baja del cielo. ¿Quién le va a contestar? Yo quisiera confiar en que él, mi amadísimo Noé, que en el fondo es un hombre probo, justo y de buen corazón, sepa de qué manera sacarnos de este embrollo. Pero como viene la cosa, creo que voy a tener que arreglármelas sola.

Lo primero será matar a la paloma mensajera y hacer una olla de sopa: eso siempre reconforta. Después ya veré lo que invento porque, atascados como estamos en la cima de este monte, no quiero imaginar nuestra suerte cuando baje el agua, si es que baja algún día, y el barco quede tambaleando en las alturas. En fin que, como siempre y aunque nadie jamás me lo reconozca, seré yo, mujer insignificante, la que deba tomar el toro por las astas.

ECLIPSE

El astrónomo Savater era un hombre reservado y de buenos modales. Usaba un bastón con empuñadura de plata, más por elegancia que por necesidad: pasados los setenta conservaba el andar vigoroso de la juventud y sus canas, siempre peinadas con un deajo de gomina le daban la apariencia de un conde italiano. Distráido como todos los que se pasan la vida observando las estrellas, solía equivocarse de edificio cuando llegaba a sus oficinas del centro y sólo notaba su confusión al no encontrar a Pedro en el ascensor.

Sería tonto contar esta historia sin antes detenernos en Pedro, el ascensorista del CAEI (Centro Argentino de Estudios Interplanetarios), donde Savater trabajaba como consultor científico.

Pedro era un santiagueño petiso, flaco y comedido. Charlatán como pocos, aprovechaba el corto trayecto de la planta baja al quinto piso para entablar conversación con Savater, que siempre llegaba de la calle abstraído en alguna de sus ecuaciones. “¡No le pregunto nada, ingeniero, seguro está calculando algo!”, decía al abrirle la puerta y eso era suficiente para que los números, que a lo mejor venía trayendo desde la boca del subte, se esfumaran como el humo del cigarrillo que Pedro se empeñaba en ocultar, ahuecando hacia atrás su mano manchada de nicotina. Entonces, con ese acento pausado e incisivo de la gente del norte, se ponía a hablar del clima, la política, las fluctuaciones de la bolsa o los agujeros negros. Adelantaba el

mentón, entrecerraba los ojos y, mientras pulía los comandos del ascensor con su franela grasienta o insistía con la uña en algún botón percutido, soltaba una sarta de incoherencias que Savater, incapaz de maltratar a nadie, jamás se molestó en desmentir. Era como si a través de los años se hubiese establecido entre ellos una extraña convivencia: Pedro era un anclaje que sujetaba a Savater a la tierra y Savater era el pasaporte a un mundo que Pedro creía perfecto. Quizás por eso Savater nunca le pidió formalmente que se callara, ni siquiera el día en que cometió la impertinencia de nombrar a Alicia.

Alicia apareció en la vida de Savater a fines de febrero, un día de lluvia. Para ser más precisos, un lunes temprano, después de toda una noche de temporal. Buenos Aires había amanecido en medio de una llovizna pegajosa, en el centro la gente circulaba esquivando el barro esparcido por los colectivos y en la confitería Richmond de la calle Florida, frente al edificio del CAEI, Savater, sentado a una mesa junto a la vidriera, leía el diario de malhumor: tenía los zapatos mojados y el café estaba frío. Pero cuando levantó la vista para llamar al mozo, la vio cruzar Florida envuelta en una capa de nylon transparente. Flaca, esmirriada, dando saltos para evitar los charcos, le recordó aquellas libélulas de su infancia que quedaban atrapadas en las telarañas del zaguán. Él no era de recordar esas cosas pero vaya a saber por qué cuando ella entró en la Richmond con el agua de la capa escurriéndose por sus piernas, no pudo menos que levantarse y ofrecerle su lugar.

Ella solo le sonrió y eso bastó para conmovirlo, una mujer silenciosa era algo digno de respeto. Apuró su café en la barra

y en seguida salió del local, se le había hecho tarde. Recién del otro lado de la calle se dio cuenta de que le faltaba el bastón y decidió regresar. Al pasar por delante de la vidriera la vio tomar un submarino de a pequeños sorbos. Soplabla y tomaba, tomaba y soplabla. De a ratos miraba a la gente que iba y venía con ritmo febril de insectos en colmena, hasta que sus ojos tristes y somnolientos se posaron en él, detenido en el borde de la vereda y, como si lo incluyera dentro de su propia melancolía, le señaló el bastón, colgado del respaldo del asiento. Entonces Savater entró, ella le dijo que se llamaba Alicia, él le preguntó si era la del “país de las maravillas” y ella, pícara, contestó que no trabajaba precisamente en una juguetería. Nadie se dio cuenta de lo que pasaba entre ellos. Se quedaron así por un rato, hasta que él le besó la mano, dio media vuelta y partió.

Una vez en la oficina, no logró concentrarse. La respuesta de la “libélula” le daba vueltas en la cabeza. Él no sabía que “El país de las maravillas” era el nombre de una juguetería, por lo que no entendió el sentido de sus palabras. Lo que además lo perturbaba era el recuerdo de su imagen desde la vidriera del café. El reflejo era tenue pero los ojos, dos perfectos abismos en una cara pálida, se habían clavado en su memoria con un efecto parecido al deslumbramiento.

A la noche, después de haber agotado una decena de planillas, después de errar en una considerable cantidad de cálculos, se apretó los párpados temblando y tuvo la impresión de que algunas cosas se multiplicaban al infinito como en un juego de espejos. Lo que había visto en la mirada de Alicia era la exacta repetición de escenas de su juventud, con otra libélula, la que había quedado en Barcelona para siempre. Y, por más que su

tranquilidad de hombre libre se veía amenazada, bajó a la calle con una sola idea: volver a cruzarse con ella.

Sin darse cuenta ingresó en el aceitado malón de oficinistas que transitaban por Lavalle. Llovía con más intensidad, los edificios con sus carteles luminosos se reflejaban en el asfalto dándole la benefactora sensación de caminar por las cornisas, y de pronto se descubrió feliz, liviano, joven. En busca de la capa transparente, anduvo unas cuantas cuabras sin darse cuenta de abrir el paraguas que, inútil, colgaba de su brazo izquierdo, junto al bastón. En la esquina de Corrientes y Reconquista se encontró con Pedro; regresaba de comprar cigarrillos, enfundado en una bolsa de consorcio.

—¿Qué me anda haciendo por acá con este tiempo, ingeniero? —y, acto seguido, empezó a soltar sus deducciones meteorológicas. Sólo cuando Savater lo cortó, explicándole que los bruscos cambios climáticos se debían a la proximidad de un eclipse, un gran eclipse cuya duración exacta no le podía decir porque justamente estaba trabajando en eso, Pedro cerró la boca y empalideció. Algo incómodo, confesó que le tenía terror a los eclipses, que en Santiago del Estero decían que ese tipo de fenómenos provocaban locura temporaria y hacían cometer a la gente actos impensables en tiempos normales... Incluso le contó que cuando era chico su abuelo había desaparecido durante un eclipse, un eclipse cortito, no se vaya a creer, y después lo habían encontrado descompuesto en la puerta de un prostíbulo, cerca de La Banda. —¡Para qué me habrá dicho lo del eclipse, ingeniero!— Y quitándose de encima la bolsa de consorcio, porque había parado de llover, agregó: —Ahora, capaz que no duermo vaya a saber hasta cuándo... ¡Mire, ni bien me tenga todo calculado, usted me avisa, que yo me guardo en el sótano hasta que todo pase!

Savater miró su reloj conteniendo la risa, y se despidió palmeándole el hombro. —Prometo avisarle, Pedro, quédese tranquilo.

Eran pasadas las nueve, demasiado tarde para seguir buscando. El grueso de la gente había desaparecido de las calles. El cielo, todavía lúgubre, dejaba pasar la luz de algunas estrellas, las últimas gotas de lluvia caían de las marquesinas con un sonido opaco de puré y Savater, con la impresión de que Pedro le había hecho perder un tiempo precioso, emprendió el regreso a su casa de San Isidro. Estaba decidido a pasar la noche pegado al telescopio, su idea era corregir ciertos errores cometidos en la oficina y, sobre todo, terminar de bajar algunas de las coordenadas del eclipse.

No se volvió a cruzar con Alicia. Más tiempo pasaba, más grande era el deseo y la curiosidad. Las noches se le hicieron una especie de agonía a la espera del infructuoso día siguiente. Se olvidó de comer, empezó a tomar whisky para mantenerse despierto frente al telescopio y, cuando iba a la cama, siempre lo hacía recriminándose no haber recordado desde un principio que las mujeres eran impredecibles. Y, con la idea de que al día siguiente despertaría de la pesadilla, reía por lo bajo. A lo mejor Pedro tiene razón, se decía, y es la proximidad del eclipse lo que me provoca alucinaciones.

Pero una semana después, cuando menos lo esperaba, Alicia reapareció por la Richmond. Lo saludó a la distancia con un gesto prudente, pidió un submarino en la barra y, entre sorbo y sorbo, le hizo una que otra caída de ojos mientras se acomodaba el escote de la remera, escote que además de sacar a relucir las dos ínfimas protuberancias de su pecho, evidenciaba el esternón y las costillas. Y hubo sonrisas, se diría sonrisas

tímidas que atravesaron el espacio y llegaron a Savater como flechas de algodón. Él hubiera querido ir a preguntarle dónde trabajaba, con quién vivía, por qué esa mirada triste, pero tenía miedo de espantarla, o de espantarse. Le hizo una seña vaga y trató de adivinar en su cara lavada los motivos de aquella expresión trasnochada. Si bien se le cruzó la idea de que a lo mejor trabajaba en alguno de los locales nocturnos de Suipacha, prefirió pensar que dedicaba sus noches a cuidar enfermos y que iba a desayunar a la Richmond, antes de volver a casa. Entonces decidió seguirla discretamente, un poquito cada día y comprobó que ella nunca hacía el mismo recorrido. Sin rumbo, sus piernas lánguidas entraban y salían de las tiendas o desaparecían en cualquier esquina, sin dejar rastro. Hasta llegó a tener la impresión de que ella lo eludía.

Al mes, cansado de de ir tras los erráticos pasos de la libélula, Savater se empezó a preguntar a qué jugaba una mujer joven como Alicia con un hombre que la doblaba ampliamente en edad. ¿Qué podía tener que ocultar una criatura delicada como ella? ¿Y él, por qué tomaba esos encuentros esporádicos como si fueran citas preestablecidas? ¿Qué pretendía ella con esos mohines que lo hacían estremecer? Eran tantos sus interrogantes que hasta vislumbró la posibilidad de encararla, de decirle que se sentía más joven de lo que aparentaba y que deseaba ir a la cama con ella.

De pronto, los días sin Alicia se le fueron convirtiendo en millones de larguísimos espacios vacíos, como eclipses que lo privaban de luz hasta que volvía a verla. Abatido, se dejó llevar por un estado de indolencia cercano a la locura. Se acumularon papeles en su mesa de trabajo, quedó en suspenso su revolucionaria tesis sobre tiempo y espacio, y no logró terminar el

prólogo para un libro de cosmografías que la asociación iba a publicar a fin de año.

Para cuando llegó al edificio del CAEI con la vista turbia y un ligero temblor en la mano derecha, Pedro le hizo notar que también traía el pantalón arrugado, el pelo revuelto, los zapatos sin lustrar. Recién entonces confirmó lo que aún no había querido reconocer y, abandonando toda clase de reparos, confesó que se había agarrado flor de metejón. Eso fue como piedra libre para Pedro que, viendo la posibilidad de despacharse a gusto, soltó consejos y hasta algunas vulgaridades que Savater jamás le había oído, al punto tal que sintió vergüenza de su flaqueza y trató de ponerle freno hablando del amor ideal, más bien platónico, que sentía por una mujer cuyo nombre no quiso revelar. Pero ya era tarde. Pedro acababa de sentenciar que todas las mujeres eran unas guachas que iban detrás de la guita.

Esa noche Savater soñó con Alicia. Le mandaba una carta con Pedro, citándola en la terraza de la Richmond para ver juntos el gran eclipse. Ella concurría a la cita desnuda bajo su capa de nylon transparente, se entregaba a él como virgen al sacrificio y, ajena a las tinieblas que copaban el turbio mediodía, lo escuchaba recitar el nombre de cada una de las constelaciones, mientras una descarga de estrellas caía en picada sobre los techos de Buenos Aires, encendiendo fuegos de artificio que Pedro, desde un rincón apartado, apagaba con su franela roñosa.

Igualmente abrumador fue su despertar. Abrió los ojos con la agradable sensación de haberla poseído y, a pesar de tener conciencia de que él no encajaba en el papel de Romeo ni Pedro en el de Celestina, a sabiendas de que se estaba em-

barcando en una especie de amor romántico, un sentimiento absurdo del que siempre había renegado, no tuvo voluntad de dar marcha atrás.

Durante los días que siguieron terminó de darse cuenta, a través del telescopio, hasta qué punto Alicia lo había perturbado. Él, que era reconocido por su capacidad de observación y sus deducciones acertadas, ni siquiera había registrado las mutaciones de algunas estrellas. Recién pudo descubrir la desaparición de la M51 cuando su fuego nuclear fue absorbido por un agujero negro próximo a la vía láctea. Y, a medida que se acercaba la fecha del esperado gran eclipse, aumentaba su certeza de que no lo iba a poder disfrutar.

Un martes, a fines de julio, por fin entregó sus cálculos para que la Asociación anunciara la hora exacta del primer eclipse de sol que duraría un total de diez horas y tendría lugar el jueves, dos días después. Pero, a pesar de haber tomado todos los recaudos posibles, a pesar de explicar con cautela en todos los medios que las prolongadas tinieblas serían causadas por una disminución pasajera en la velocidad de rotación y traslación de la tierra —que no se repetiría hasta dentro de cincuenta años—, fue imposible frenar el sensacionalismo de la prensa.

“¡24 HORAS A OSCURAS!”, decían los titulares del día siguiente, y preguntaban: “¿VOLVERÁ ACASO A SALIR EL SOL?”

El miércoles, cuando Savater llegó al CAEI, Pedro lo esperaba en la puerta, blandiendo el diario.

—¿No era que me iba a avisar con tiempo, ingeniero? —Y, enroscándose la franela en el puño, casi listo a darle una trompada, chilló: —¡Ahora se viene el fin del mundo, se viene!

Savater se lo quedó mirando. Un sentimiento ambiguo que oscilaba entre pedirle perdón o zarandearlo, lo enfrentó a su propia estupidez: él, que había cometido la imprudencia de confiarle su amor por Alicia creyendo tontamente que el pobre infeliz encontraría una salida, sentía de golpe el creciente malestar de ser juzgado. Entonces, con la íntima necesidad de aplacar el odio que le provocaba la conducta de Pedro, optó por invitarlo a tomar unas copas al Tortoni. Tenía la esperanza de que, explicándole con calma los improbables efectos adversos del eclipse, cambiaría de actitud.

Pero llegada la noche, una vez en el Tortoni, nada de eso sucedió. Entonado por el alcohol, Pedro apenas lo dejó abrir la boca. Más bien se dedicó a enumerar, en un tono acusador, todas y cada una de las profecías de Nostradamus, incluyendo, por supuesto, la del fin del mundo; relató con lujo de detalles la humillante agonía de su abuelo, la posterior parálisis de una de sus hermanas y hasta predijo su propia muerte que, auguró, sería espeluznante. Con una especie de cargo de conciencia, Savater lo escuchó sin interrumpirlo, levantando la mano sólo para llamar al mozo y volver a llenar las copas que Pedro vaciaba ligero, entre un cigarrillo y otro. En un momento dado Pedro hizo una pausa, levantó los ojos al cielo como buscando algo en el caótico hilo de sus pensamientos, pero luego volvió a hundir las pupilas en el fondo del vaso y declaró que la vida era una mierda.

—Ser viejo es una mierda —atinó a decir Savater, quizás pensando en la juventud de Alicia. Entonces, como si le hubiese adivinado el pensamiento, Pedro estiró el brazo por encima de la mesa, le pasó una mano por detrás de la nuca y, con una expresión de profunda lástima, lo jaló hacia adelante, hasta que sus frentes se tocaron.

—Olvídese de esa mina..., ingeniero — susurró —. Búsquese una puta. Va, le charla un rato, se descarga y vuelve hecho una seda. Si quiere le presento a la Samanta..., con lo rápida que es, capaz que le pesca al vuelo lo del eclipse. Y ni hablar de los agujeros negros... ¡Sabe más que usted y yo!— rió con picardía, sin saber que detrás de aquel inocente chiste estaba el presentimiento de lo que pronto iba a pasar.

Savater tuvo que dominarse para no perder la compostura. No lograba captar qué le pasaba a Pedro. Se preguntó en qué momento el hombre jovial que solía escucharlo con admiración se había transformado en el ser atrevido y repugnante que ahora pretendía tomarlo de compinche. Qué erróneo comportamiento de su parte había soltado una faceta tan despreciable en Pedro.

A las tres de la mañana, perdido entre los efluvios del whisky y la nube de humo que planeaba a media altura sobre su cabeza, Savater pidió que le envolvieran otra botella y salió a la calle con Pedro. Tardó un poco en ubicarse pero cuando el otro arrancó a caminar zigzagueando por Avenida de Mayo, lo siguió mansamente. Hasta tuvo la malicia de colgarse de su brazo y preguntarle cómo iba a reaccionar su mujer cuando llegara tan tarde. Necesitaba oírle decir una vez más que la pobre gorda que lavaba los pisos del CAEI tres veces por semana era una reverenda hija de puta. Era como si eso lo reivindicara de tanto pensamiento romántico.

Pero Pedro no le dio el gusto. Al llegar a la esquina de Defensa y Belgrano, prendió otro cigarrillo, le bostezó su aliento a tabaco en la cara, garabateó unas letras en su cajita de fósforos y se la extendió.

—Usted mañana se me presenta con esto en el tercer piso

de Sarmiento 765, a la vuelta del CAEI, ¿vio? y pregunta por Samanta. Su verdadero nombre es Alicia, pero usted pregunte por la Samanta, le dice que viene de parte mía, y después me cuenta, ingeniero.

Cuando Pedro se fue, él se quedó inmóvil, como esperando algo, quizás que la silueta del ascensorista se achicara lo suficiente para metérsela también en el bolsillo. No había luna pero las calles, los árboles, los edificios se recortaban claramente contra el cielo negro. Hacía frío, él tenía calor. El aire húmedo del río traía una mezcla de olores nauseabundos. Empezó a caminar hacia el bajo como un autómata. Era como si sus piernas, independientes del cuerpo, se deslizaran en cámara lenta, como si toda la ciudad retumbara bajo sus pies, como si cada paso le triturara la cabeza. En Belgrano y Paseo Colón terminó sacándose los zapatos y, sin saber qué día era ni dónde estaba parado, detuvo un taxi y ordenó que lo llevaran a Retiro. Una vez allí, subió al primer tren que encontró con las puertas abiertas, y se desplomó en uno de los asientos.

Las últimas palabras de Pedro le habían llegado como un gancho directo a la mandíbula. “Su verdadero nombre es Alicia...” “Samanta se llama Alicia...” Con los ojos cerrados, casi sin creerlo, se repitió no es posible, no es posible que habiendo tantas Alicias en el mundo, la Samanta de Pedro, sea mi dulce Alicia, la libélula de mis sueños.

Más tarde algo indefinible, algo visceral, le hizo abrir los ojos. Los andenes habían desaparecido, tampoco estaban los bancos, los afiches, los altavoces, en su lugar, árboles desprovistos de troncos bordeaban las vías. Sus ramas negras y descarnadas flotaban delante de las columnas de alumbrado, reflejando

en el interior del vagón tortuosas visiones de algas. Y en medio de una profunda sensación de asco se encontró aislado, como un pez que mira pasar la vida protegido por el vidrio de su pecera y sin embargo está expuesto a la dolorosa realidad, a la recurrente pesadilla de la que no logra despertar.

Todavía no eran las ocho cuando Savater abrió los ojos de verdad y se dio cuenta de que seguía en Retiro. Había pasado cinco horas en un tren fuera de línea. Bajó al andén y salió a la calle buscando aire. Una garúa insidiosa le dio de lleno en la cara. El desolado color del día no era lo bastante oscuro para ser un ocaso completo ni suficientemente claro para llamarlo amanecer. El eclipse había comenzado.

En el tiempo que tardó en blandir su bastón ante la cara azorada de la mujer a quien le arrebató un taxi, las penumbras se hicieron totales.

Cuando llegó al centro y entró en la Richmond tenía la boca reseca y las piernas flojas. Los mozos iban y venían como cuervos hipnotizados, arrastrando los pies, con sus bandejas cargadas de pocillos. El olor a café, más allá de despabilarlo, lo hundió en el recuerdo de otros cafés, meses atrás, cuando Alicia todavía era una bella intriga que fomentaba la ilusión de algo posible y Pedro no había soltado sus advertencias, ni le había metido en la cabeza la ponzoñosa idea de que, a lo mejor, Alicia era la puta que se hacía llamar Samanta.

Afuera, la gente se arremolinaba en las esquinas, algunos desprevenidos miraban el cielo recelando la súbita noche en pleno día. Allí fue cuando, ajeno al complejo mecanismo estelar que tanto lo apasionaba, Savater tuvo un palpito, una especie de vértigo que lo obligó a apoyarse en el bastón, cuya empuñadura maciza representaba el primer telescopio de Gali-

lei, y a buscar una mesa apartada de la vidriera, para pedir un vaso de agua con dos aspirinas.

Después, quizás porque Alicia llegó con los ojos pintarrajeados, el rimel corrido y una minifalda que dejaba ver más allá de lo imaginable; quizás a causa del tintineo de sus pulseras baratas cuando saludó a alguien que pasaba por la calle; quizás porque no vio a Savater, tan poca cosa en su rincón, paliando la resaca, y se dedicó a hacerle caídas de ojos a un tipo que acababa de entrar; o quizás simplemente porque la cosa se tenía que ir a pique o porque él no era inmune a los efectos del eclipse, Savater hizo lo que hizo.

Porque se levantó de un salto, llevándose todo por delante, salió a la calle, corrió al edificio del CAEI, abrió de un saque la puerta del ascensor donde Pedro dormía la mona abrazado a la botella, le sacó la franela del bolsillo, se la metió en la boca, tomó impulso y, antes de que el ascensorista pudiera abrir los ojos, le partió el cráneo con la empuñadura de su bastón.

EL HONOR DE LA FAMILIA

Cuando mi hermana llegó del colegio aquel mediodía de octubre y gritó ¿A que no saben con quién lo vi a Ignacio esta mañana?, ni siquiera dio tiempo a que alguno de los que estábamos alrededor de la mesa le contestara.

¡Con Helenita lo vi!, dijo clavándome los ojos.

Los viejos, los abuelos y la tía Meren, tenedor en el aire miradas de espanto, preguntaron a coro ¿Con Helenita Robledo? Y ella, con ese aire triunfal que solía poner cuando sabía que me iba a joder la vida, se sentó bien cerca de mamá e hizo que sí con la cabeza. Le vi la misma satisfacción que meses antes, cuando me encontró en el fondo, en la casita del jardinero, comiéndole la boca a Helenita. Fue vernos y entrar corriendo a dar la noticia, sin notar que la madre de Helenita cara de espanto tacita de porcelana tambaleándose en la punta de los dedos, estaba en el living, tomando el té con mamá y otras mujeres de Cáritas. Un bardo de aquellos...

Nadie quiso escuchar mi versión ni a nadie se le ocurrió poner en duda lo que la “nena” terminaba de ver. A partir de ahí, empezaron a tratarme como a un delincuente.

No era que me importaran las santurronas amigas de mi madre pero, después de aguantar todo el invierno la cara de perro del viejo, la mala onda de la tía Meren –secretaria en el estudio de Robledo–, y las miradas de mi hermana, la cosa se puso tan densa que encaré a Helenita y le pedí que dejáramos de vernos hasta que el asunto se calmara. No fue fácil. No solo

me costaba apartarme de ella sino que, ofendida a muerte, me hizo un escándalo en plena calle. “¡Sos un cobarde! ¡Le voy a decir a mi hermano que me largaste después de haber abusado de mí!” La misma que me había encarado abiertamente en un boliche en Pinamar, ahora se venía con amenazas. Por suerte, Julito Robledo, metido como estaba en la carrera de biólogo marino, pasaba más tiempo en Mar del Plata que en Buenos aires, y no le dio ni cinco de pelota.

Me puse a estudiar a lo loco, decidido a rendir las materias que me faltaban para la licenciatura en letras y viajar a Dublín a preparar mi tesis sobre Joyce.

Retomados mis proyectos, la vida en casa volvió a ser aceptable. No era que mi padre me hablara mucho, pero al menos se interesaba por el avance de mis estudios y durante las comidas, muy a pesar de los berrinches de mi hermana, acostumbrada a monopolizar la atención, yo había pasado a ser tema central de todas las conversaciones.

Pero como el bienestar es esquivo y suele durar poco, pronto llegó aquel mediodía de octubre con la “nena” anunciando que nos había vuelto a ver juntos, y toda la mierda oculta durante seis meses bajo la enquistada costumbre familiar de no tocar ciertos temas, reflató potenciada.

Entonces yo, milanesa atragantada, y atajándome porque imaginaba, mejor dicho, sabía perfectamente la que se iba a armar, me levanté y me fui pegando un portazo.

Ciego de bronca, salí a la calle y la calle se me vino encima con el sol que encandilaba y la moto de contramano.

Después, nada. Solo dolor y el vago sentimiento de no entender lo que estaba pasando. Mi último pensamiento antes del desmayo fue que entre la frenada, el asfalto caliente y la

sirena de la ambulancia, mi hermana podía haberles dicho de dónde nos había visto salir.

El motel Capricho estaba sobre la colectora y, por incongruente que parezca, justo al lado del campo de deportes del colegio de monjas donde iba mi hermana. Tenía un cartel luminoso que nunca andaba pero sus columnas, sus capiteles y sus cupidos de falso mármol eran imposibles de pasar por alto.

Durante los treinta días que estuve internado en terapia intensiva, más otros tantos en terapia intermedia, el Capricho se me apareció en sueños. Por momentos estaba en ese cuarto con olor dulzón a desodorante de ambientes, viendo a Helenita desnudarse a los tropezones delante de un espejo rodeado de flores de plástico; por otros era la cara de mi hermana interponiéndose, agrandándose en el recuerdo con toda la hijaputez de sus doce años: “del Capricho salían”, mientras la calle, el sol y la moto me seguían atropellando, y las voces de los parientes se encimaban a los cuchicheos de las enfermeras.

“Los calmantes provocan alucinaciones”, oí que decía el médico cuando los viejos lo consultaron por mis gritos. Igual me siguieron metiendo calmantes a lo loco.

En los breves ratos de lucidez, lo que me ocupaba la cabeza era tratar de comprender por qué hacían tanta alharaca con el asunto de Helenita. Qué era lo que enojaba a papá, por qué me hablaba del honor de la familia y de toda esa huevada.

Me conformé pensando que al menos mamá ya no me cuestionaba como la primera vez “por qué con tantas chicas lindas en el barrio se te ocurrió meterte con la hija de Robledo, menor de edad para colmo de males”. Ahora, sentados a los pies de mi cama, me observaban con una mezcla de reproche

y lástima: “un muchachote de veinticinco, un degenerado casi, metiéndole mano a Helenita de quince, pobre ángel, recién salida del cascarón...”

Hablaban como si yo no estuviese rodeado de sondas y poleas, y sin tener en cuenta que dentro de mi somnolencia los podía oír. De pronto un simple comentario de mamá me reveló una faceta oculta del viejo. Ella, haciendo girar el rosario entre sus dedos, acababa de decirle al respetable miembro del Opus Dei “Acordate que esto empezó en el cuchitril del jardinero... Si la nena no los descubre a tiempo, la viola...” y, mordiendo las palabras, agregó “este chico tiene a quien salir, es incapaz de controlar su calentura...”

Dudé que mi padre fuera capaz de experimentar algún tipo de calentura. Imposible adivinar en sus ojos clavados en el crucifijo de la pared, mientras repetía “¿Qué va a decir Robledo?”, lo que sintió o dejó de sentir después de las palabras de mi madre.

Tanto lío por el padre de Helenita, un flaco amargado y circunspecto, que iba a misa diaria y alardeaba de ser pariente lejano de Escrivá de Balaguer.

De no tener la mandíbula sellada como Hannibal Lecter, me hubiese gustado contarles que Robledo tenía acciones en el Casino Flotante y que “el pobre ángel recién salido del cascarón” era una obsesionada por el sexo, y que esa noche ella había aparecido por el pub de unos amigos, poca luz música al palo tragos baratos, a suplicarme que la llevara al Capricho.

La vida es movimiento, decía mi abuelo, se puede ir hacia arriba o hacia abajo, uno es quien decide, y yo decidí mal...

Hacía rato que trataba de olvidarla, rato que evitaba cruzármela porque sabía que, apenas nos viéramos, la chispa se

encendería de nuevo pero, medio en pedo dije que sí, para que ella, pasada de merca, dejara de gritar “¡Si no me llevás, me voy con el primer boludo que encuentre!” Así fue como terminé mandíbula rota, cadera hecha polvo, costillas fracturadas, fémur remendado con plaquetas de acero.

A cinco meses del accidente me dieron el alta. No pude despedirme de mamá, ni siquiera pasar un rato por casa. Después de sacarme del sanatorio montado en una silla de ruedas, con la valija apoyada sobre las piernas muertas, y con un par de muletas bajo el brazo, papá me depositó en el aeropuerto, sin otra recomendación que “hacé el favor de tenerme al tanto”, y se retiró apenas una azafata vino a buscarme para subir a pre-embarque.

Qué otra cosa podía esperar del viejo, ya me había escupido toda su frustración durante el viaje a Ezeiza –calmo, al volante de su Audi, la vista al frente–, dijo: “No sé si te das cuenta, Ignacio, en qué lío nos metiste. Gracias a tu estupidez nuestra familia nunca volverá a ser lo que era. Fijate que mientras estabas internado tu madre tuvo que dejar la tesorería de Cáritas; la tía Meren renunció a su trabajo en el estudio de Robledo, imagínate, después del escándalo con qué cara iba a presentarse; tu abuelo se mantiene al margen pero dudo que pueda volver a mirar de frente a sus colegas; tu hermana anda llorando por los rincones, echándose la culpa de tu accidente, pobre chiquita, ella culpándose de tu irresponsabilidad; y no te voy a hablar de mí, de las horas de cátedra que he perdido, de la vergüenza que me has hecho pasar, de cómo embarraste nuestro apellido. En cuanto a Marisa, digo la señora de Robledo, está destrozada. Y da gracias que no hubo embarazo... Así las cosas, la única

solución que encontramos es mandarte a Cuba. Allá harás tu rehabilitación y con el tiempo, si el asunto se olvida, te traeremos de vuelta...”

No me atreví a preguntarle en qué siglo había quedado atascada su moral. Faltaba que mandaran a Helenita a un convento y a mí al Tibet, a que los lamas me raparan la cabeza. Tampoco me atreví a preguntar qué iba a pasar con mis estudios, con mi soñado viaje a Irlanda, de qué iba a vivir en Cuba, en concreto, qué iba a ser de mí si no volvía a caminar. Lo único seguro era que me consideraban un ser despreciable y como tal merecía el justo castigo del destierro.

La noticia de la muerte de mi viejo me llegó por fax a la redacción del diario La Tribuna. Era un 26 de diciembre. Lo recuerdo bien porque estaba escribiendo un artículo sobre el aniversario del nacimiento de Alejo Carpentier.

Invadido por la bronca y la impotencia de haber perdido para siempre la oportunidad de enfrentarlo, sentí que con su muerte se cerraba el infame círculo de mutismo que dominaba a la familia. Hasta en eso me había fallado el viejo: llevándose todas las palabras no dichas, dejándome el veneno de un desamparo más profundo todavía.

Sin embargo, incapaz de hacerme a la idea de no encontrarlo en su escritorio, recién afeitado, leyendo el diario lápiz en mano, regresé en el primer avión a Buenos Aires. Tenía que constatar por mí mismo la veracidad de su ausencia.

Habían pasado cinco años. Cinco largos años yendo de la universidad al hospital ortopédico, padeciendo a los fisioterapeutas cubanos. De Buenos Aires solo silencio, giros bancarios, algún llamado de mamá y mails de mi hermana. De Helenita,

ni noticias. De papá, ni media palabra. Nada que me diera a entender que mi destierro había servido de algo. Actuaban como si yo jamás hubiese existido.

En Ezeiza, mientras aguardaba mi valija delante de la cinta transportadora, los vidrios de las puertas corredizas me mostraron a un flaco despeinado y barbudo que, con media botella de Ron encima, daba largos pasos en zigzag buscando donde dejarse caer. Andaba sin muletas, claro, pero como un zombi.

Solo los abuelos habían venido a buscarme. Mamá se había quedado en cama, con un pico de presión; la tía Meren estaba en Zurich –después me enteré de que en un congreso con Robledo–, y mi hermana venía llegando de Mar del Sur, con el novio de turno.

Terminada la misa en Jardín de Paz, cuando el féretro de papá se hundió entre las alfombras de pasto artificial que pretendían esconder la tierra removida, mamá se acercó a besar al sacerdote y al acólito que habían celebrado una homilía correcta pero un tanto rimbombante, y en seguida me tomó del brazo para ir juntos hasta el coche que nos esperaba en la entrada. La noté incómoda, como si quisiera salir de allí lo antes posible. Fue entonces, en medio de la lenta procesión de pésames y gestos forzados, que vi aparecer a Julito Robledo, el hermano mayor de Helenita, de la mano de mi hermana, embarazada de cuatro meses según me informó mamá por lo bajo y algo avergonzada, antes de perderse en un abrazo con ellos.

¿Mi hermanita de diecisiete estaba embarazada del treintañero de Julito? ¿Qué ironía! Sonreí pensando que mi viejo estaría revolcándose en la tumba...

Cuando subimos los cuatro al coche, mamá se derrumbó en el asiento de atrás entre mi hermana y Julito. Yo me senté adelante, con el chofer.

“Supongo que estarás ansioso por regresar a Cuba”, dijo mamá mientras deslizaba por encima de mi hombro izquierdo, un sobre. “Es de tu padre.” No supe qué decir.

Recién al llegar casa, en la tranquilidad del cuarto que me había pertenecido —ahora una habitación de huéspedes—, abrí el sobre con el secreto temor de que mi padre iba a seguir mortificándome después de muerto.

Y no me equivoqué. Además de un fajo de billetes había una nota.

Ignacio: Tengo el deber de comentarte que durante un apagón, en un retiro espiritual, Marisa Robledo y yo quedamos atrapados varias horas dentro de un ascensor, y pasó lo que nunca debió pasar.

Hace años que se lo he confesado a tu madre y, con su infinita bondad, me supo perdonar; pero ni ella ni Robledo saben que ese momento de descontrol se terminó llamando Helenita. Ahora que tengo los días contados, me veo en la obligación moral de pedirte perdón a vos también. Te ruego sepas entender lo que he sufrido, y cuento con tu total discreción: jamás tu madre ni tu hermana, dos almas puras, deben enterarse de esto. Te encargo la tarea de que nuestro buen nombre se mantenga en alto. Acordate que ante todo está el honor de la familia.

En compensación, te dejo esta suma de dinero para que puedas instalarte en Irlanda, espero que no sea demasiado tarde para vos. Papá.

Tiré los cincuenta mil dólares sobre la cómoda, y allí quedaron. Apenas conseguí pasaje de vuelta, regresé a Cuba. Necesitaba sacarme a mi padre de la cabeza, y huir de la hipocresía familiar. Allá me esperaba Masha, la joven profesora de ruso que me había ayudado a terminar la carrera, y con la que compartía un dos ambientes en la Habana vieja.

Cambié a Joyce por Dostoievski y, pasado un tiempo, nos radicamos en Moscú. Desde entonces doy clases de español en el Instituto Cervantes. Tengo días buenos y días malos. A veces me veo obligado a quedarme en cama, sobre todo cuando me paso con el vodka y me da por releer *Los hermanos Karamazov*, y después confundo a Fiodor con mi viejo, y se me mezclan Helenita, Aliocha, mi hermana y Gruchenka, todos con maliciosos restos de kindergarten en la mirada.

Masha entiende, solo me pide que no grite porque los vecinos se quejan.

Por suerte no tenemos hijos, tampoco sé si los quiero tener. Lo que es seguro es que nunca regresaré a la Argentina.

La única imagen de familia que me queda es el abrazo del abuelo despidiéndome en Ezeiza: “Hacés bien, Ignacito, te entiendo”, y su noble figura, saco azul sombrero panamá manos en los bolsillos ningún reproche, perdiéndose despacito por las escaleras mecánicas.

ÍNDICE

| | |
|--------------------------------|----|
| PRÓLOGO | 5 |
| EL COLCHÓN DE AGUA..... | 8 |
| LA SUERTE DEL CARACOL | 18 |
| EL CONSULADO | 28 |
| UN VERANO EN ESPAÑA..... | 39 |
| RAMOS GENERALES | 49 |
| LA GERMINACIÓN DEL POROTO..... | 60 |
| DIARIO DE A BORDO | 68 |
| ECLIPSE | 75 |
| EL HONOR DE LA FAMILIA | 88 |

FUNDACIÓN  SIN FINES DE LUCRO
VICTORIA OCAMPO

CONCURSO DE CUENTOS
“NELLY ARRIETA DE BLAQUIER”
FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO 2015

JURADO:

MARÍA ESTHER VÁZQUEZ

JORGE CRUZ

JAIME KLEIDERMACHER

La realización de este Concurso de Cuentos
fue posible gracias a la generosidad
de la señora Nelly Arrieta de Blaquier.